EL INTRUSO SIDERAL

por el PROFESOR HASLEY.

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

José Luis

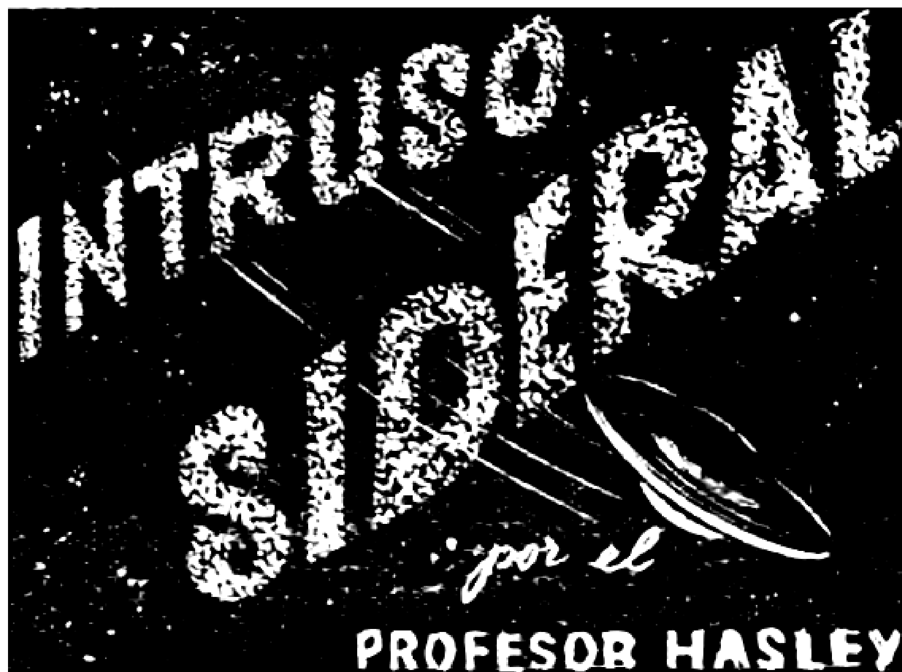
PROFESOR HASLEY

INTRUSO SIDERAL

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía ya mucho tiempo que la mayor parte de la inmensa muchedumbre que habitaba la gran ciudad de Nueva York estaba entregada al reposo. Los deslumbrantes espectáculos de Broadway habían terminado tres horas antes y sólo algún club nocturno, empedernido en el trasnochar, continuaba proporcionando distracción a su no muy numerosa clientela.

Las calles de la enorme ciudad se encontraban sumidas en el silencio en las primeras horas de la madrugada de este día de agosto del año 1975.

De vez en cuando, el suave deslizarse de algún automóvil rompía apenas el silencio para continuar camino de su destino, La noche era fresca y una vaga neblina comenzaba a descender sobre las calles de la ciudad.

William Kennedy apenas si tenía tiempo para percatarse de estas circunstancias. Al volante de su poderoso descapotable, aprovechaba la soledad de las calles para avanzar a gran velocidad en dirección a su objetivo. El poco tráfico que había a aquellas horas de la

madrugada le permitía conducir su magnífico coche sin apenas prestarle atención y, por el contrario, sumirse en lo más profundo de sus pensamientos. Nadie que lo hubiera visto habría reconocido en aquel hombre al ser que vuelve a su casa después de una noche de diversión o, por el contrario, del trabajo; más bien se reflejaba en su rostro una profunda preocupación

El capitán de fragata William Kennedy tenía motivos para estar preocupado. Hacía días que se encontraba en Washington resolviendo problemas de altísimo interés, pero un urgente telegrama le había obligado a ponerse en camino rápidamente hacia Nueva York. En el fondo de su conciencia no podía comprender a qué obedecía aquella llamada tan inesperada.

William Kennedy era alguien en el mundo científico norteamericano. Como gran especialista en problemas interplanetarios había sido adscrito a aquel grupo de hombres de ciencia que proyectaban el primer viaje a la Luna de los terrestres. Precisamente su permanencia en Washington obedecía a la necesidad de resolver algunos problemas con el Gobierno Federal relacionados con este magno proyecto.

¿Qué podía haber sucedido?

¿Por qué el profesor Jansen le había enviado aquel telegrama cifrado, que le obligaba a ponerse en camino rápidamente?

Por centésima vez apartó una mano del volante y la sumergía en el bolsillo de su gabardina, donde estrujó una vez más el papel que había promovido su actividad durante las últimas horas. Dentro de la aparente inocencia del texto se encerraban estas extrañas palabras del profesor Jansen; William Kennedy las recordaba bien: «Venga usted sin perder un minuto. Asunto de vitalísima importancia. No lo comunique a nadie.»

Durante todo el camino William había intentado colegir a qué obedecía aquella perentoria orden del profesor Jansen, pero por más vueltas que le daba en su cabeza no podía llegar a conclusión alguna.

Afortunadamente, habían pasado los tiempos en que los distintos países de la tierra tenían que luchar unos con otros. La paz había logrado consolidarse después de la última guerra y ya nadie pensaba en poner en situación crítica o difícil a su posible adversario. Por otra parte, la naturaleza humana es harto falible y jamás pudo pensarse que algún o algunos grupos no fueran capaces de intentar perturbar el orden. De cualquier modo que fuera, la cosa no era de fácil explicación.

La operación «Luna amiga» había sido rodeada del mayor misterio y pocos hombres la conocían, al menos los detalles importantes de esta operación.

¿Habría sucedido alguna catástrofe en los laboratorios? ¿Tal vez la muerte de alguno de los científicos clave de esta operación?

Una vez más tuvo que desistir de encontrar una explicación tópica a la situación que se le presentaba. Apretó el acelerador a fondo y el coche se dirigió con maravillosa celeridad por los enredijos de calles y callejuelas que lo iban a conducir a su destino.

Después de más de veinte minutos de marcha se detuvo su coche. Se encontraba ame un grupo de edificios cercado por una verja. Su aspecto exterior era de lo más inofensivo. Coronando el edificio central y más alto de todos podía leerse, aunque ya estaba apagado, un gran cartel que decía: «Laboratorios Parkison. Productos Farmacéuticos.». Todo el mundo conocía aquellos enormes laboratorios que surtían de múltiples especialidades a los médicos de todos los países; sin embargo, lo que todo el mundo ignoraba y apenas era conocido por un par de docenas de hombres es que, en locales especialmente habilitados y custodiados con todo rigor, se habían instalado los laboratorios de la operación «Luna amiga».

William Kennedy descendió del coche y se dirigió hacia la puerta principal de entrada. Cuando estuvo a tres metros de la puerta, ésta se abrió silenciosamente. El detalle confirmó a William en la idea de que lo estaban esperando. En efecto; las células fotoeléctricas que se encargaban, de abrir las puertas automáticamente estaban puestas en marcha. William penetró y se dirigió, a través del jardín que rodeaba aquel grupo de edificios, hacia el edificio central. Una vez llegó allí se dispuso a llamar a la puerta sin que lograra conseguir su objetivo, pues casi en el acto se abrió la misma y una voz conocida le saludó:

—Buenas noches, capitán Kennedy.

—Buenas noches, Grace. Me esperan, ¿no es así?

—Sí Pase, capitán.

En efecto; se trataba de Grace, una de las auxiliares femeninas del laboratorio. William penetró en el hall de aquella casa y acompañado por Grace cruzó en silencio varias dependencias. Por último, introducido en un pequeño despacho, vio cómo se abría una de las paredes, mostrando el hueco de un pequeño ascensor.

—Pase, capitán.

William hizo un signo de cederle la entrada a Grace y, poco después, los dos descendían en aquel pequeño ascensor hacia los sótanos del edificio. Unos segundos después, William se encaminaba por un estrecho pasillo débilmente iluminado hacia lo que era propiamente el laboratorio.

Unos discretos golpes en la puerta fueron contestados con un:

—¡Adelante!

William abrió la puerta y Grace se quedó en el exterior. Un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, delgado, que protegía sus ojos con unas gruesas gafas y vestía de cómoda y sencilla manera le recibió con una sonrisa.

—Fase, querido William, pase.

—Profesor Jansen, ¿cómo se encuentra? ¿Sucede algo?

—Yo, bien, muchacho —dijo el profesor, que trataba con confianza a William, pues lo conocía desde que era casi un niño.

Entonces... —repuso William.

—No, no es nada personal, capitán. Es algo quizá más grave e importante lo que tengo que decirle... Pero póngase cómodo. Quítese la gabardina si quiere.

William, cuya preocupación había subido de punto, se despojó de la gabardina en silencio.

—Tomemos primero una copa y luego hablaremos —dijo el profesor.

El mismo, pues no había nadie más en la habitación, se dirigió hacia un pequeño bar que había instalado en un mueble y sacó una botella de whisky, sirviéndole a William como medio vaso.

—Me parece que me pone una dosis demasiado fuerte, ¿no cree, profesor?

—Beba, beba, amigo William. Quizá le vaya a hacer falta tener el espíritu un poco avispado y enérgico —sonrió el profesor.

Los dos hombres bebieron en silencio.

—Bien. Estoy a sus órdenes, profesor Jansen.

—Pronto sabrá cuál es el motivo por el cual le he hecho venir —dijo el profesor—. Ahora, acompáñeme, William.

Los dos hombres salieron de la habitación y se encaminaron a otra de las dependencias del gran laboratorio subterráneo. Cuando llegaron a ella, William se percató de que estaban en la sala de Registro y Estadística, pues había estado en otras ocasiones en ella.

—Lo que más me sorprende, profesor, es que le encuentre a usted completamente solo en el laboratorio.

—No. No estoy solo realmente —dijo el profesor Jansen—. Lo que sucede es que no he querido tener testigos para la conversación que vamos a tener ahora mismo.

William hizo un gesto de extrañeza.

—Así es, querido William. He pedido al profesor Browm que viniera, pero se encontraba al otro extremo del país y no ha tenido tiempo de llegar todavía. Por eso es con usted nada más con quien voy a hablar.

—Le aseguro que me tiene en ascuas, profesor Jansen. No es usted hombre que se alarme fácilmente, ni que tome decisiones como la que ha tomado al enviarme un telegrama urgente sin que haya un real y poderoso motivo.

—Y así es, William. Veamos

El profesor se dirigió con paso reposado hacia el cuadro de mandos que ponía en movimiento el complicado mecanismo que allí se encontraba. Con gesto seguro fue dando a algunos conmutadores y casi instantáneamente comenzaron a dar señales de actividad. Por último, conectó una palanca pintada de rojo y una pantalla, de seis metros de largo por cuatro y medio de alto, quedó plenamente iluminada.

William miraba con profunda atención la actuación de aquel hombre. El profesor Jansen consultó algunos instrumentos y fue estableciendo diferentes contactos.

—Como usted sabe, William —explicó mientras actuaba—, estoy poniendo en marcha el telescopio eléctrico indirecto.

—Sí, profesor; eso veo.

Unos minutos después, en aquella inmensa pantalla se dibujaba una amplia zona de la esfera celeste, en la cual y entre un enjambre de estrellas se veía brillar una masa bastante mayor y mejor perfilada.

—Es la luna —dijo William.

—Así es, capitán.

El profesor miró fijamente. Luego, le dijo a William:

—Observe el Registro de Distancia.

William miró en una estrecha franja lateral de la pantalla donde se hallaba el dispositivo que registraba las distancias.

—Ya lo tengo ante mis ojos. ¿Qué más?

—Observe usted la distancia a que se encuentra la Luna.

William recorrió con los ojos las distintas indicaciones referentes a las principales galaxias y estrellas y. por fin, se detuvo en la zona que correspondía a la Luna.

—Cuatrocientos ochenta y siete mil kilómetros —dijo William.

—Y bien. ¿Qué le parece? — dijo el profesor, abandonando su posición frente a los instrumentos de control.

—No comprendo qué es lo que quiere decirme, profesor.

—¡Pero hombre de Dios! Fíjese.

De pronto, William se dio una palmada en la frente.

—¡Caramba! Pero si es verdad. Pero ¿qué demonios pasa aquí? Cuatrocientos ochenta y siete mil kilómetros. ¡Si no es posible!

—Exacto, William, exacto. No es posible.

—Bueno; pero este instrumento debe ir mal.

—Pues esa es la cuestión, William. Como usted sabe, la Luna jamás alcanzó esa distancia de la Tierra .Aproximadamente está a trescientos noventa mil kilómetros; en ningún momento puede alcanzar esa separación.

—Si, sí. Estoy de acuerdo; pero supongo que es que se ha estropeado el telescopio eléctrico.

—¡Venga aquí! —dijo el profesor Jansen, arrastrando dulcemente a William hacia otros de los instrumentos.

Con gesto seguro lo puso en marcha.

—Es el Espectrógrafo de Masas, William. Observe la raya del selenio.

William Kennedy miró atentamente, siguiendo la indicación del profesor.

—¿Se da usted cuenta?

—Sí. Parece que el espectro del selenio llega a algo más de lo que regularmente.

—Lo cual —concluyó el profesor Jansen— confirma que la Luna se ha alejado considerablemente de la Tierra.

William se quedó confundido y sin saber qué decir.

—Hay más todavía, capitán —dijo el profesor Jansen sacándole de su ensimismamiento—. Venga.

Los dos hombres se dirigieron de nuevo hacia la pantalla del telescopio electrónico.

—Mire en la banda de distancia la posición del satélite artificial Alcestes.

William hizo lo indicado y pudo certificar claramente que el satélite Alcestes, maravilloso producto del ingenio humano, se encontraba a treinta y siete mil quinientos kilómetros de distancia de la superficie de la Tierra.

—¿Y qué me dice ahora, William?

—Según tengo entendido, el satélite artificial Alcestes giraba a una distancia de veinte mil kilómetros de nuestra superficie. ¿Quién ha ordenado que se modifique su órbita?

—Nadie —fue la asombrosa respuesta de Jansen— Es una confirmación más de que el alejamiento que hemos observado en la Luna es real, puesto que afecta también al satélite Alcestes Y si se toma usted la molestia de mirar la posición del satélite Tauro, también se encuentra más lejos que los seis mil kilómetros establecidos para su órbita a y de la misma manera el satélite Piloto, cuya órbita de mil

doscientos kilómetros ha sido elevada a tres mil ciento cuarenta.

William miró fijamente al profesor Jansen.

—Si no hubiera podido comprobar por mí mismo la realidad de su aserto, hubiera creído que estaba loco.

Pero allí tenía ante sus ojos la palpable realidad.

—Y todo esto, ¿qué explicación tiene, profesor?

—Eso es lo más grave del asunto, William. No le encuentro explicación ninguna. Estoy esperando al doctor Browm como especialista máximo que es en Astronomía, para ver si él consigue explicarnos esta anomalía. Yo, realmente no he podido llegar a conclusión alguna.

—¿Y no cabe la posibilidad de que se hayan estropeado los aparatos?

—No, William, no. Tenía que ser mucha casualidad que se estropearan todos los aparatos. Ya sabe usted que tanto el telescopio electrónico como los demás instrumentos que hemos comprobado actúan independientemente unos de otros Además, mire usted.

El profesor Jansen se dirigió hacia un archivo que se encontraba adosado a una de las paredes de la habitación y revolvió en uno de sus cajones. Luego, se acercó de nuevo a William y a la pantalla telescópica.

—Aquí tiene usted una fotografía de la Luna, tomada a la misma hora y el mismo día del año pasado que la imagen que estamos viendo ahora.

El profesor Jansen acercó la fotografía a la pantalla y William pudo ver con toda evidencia que la imagen reflejada en la pantalla y la de la fotografía diferían considerablemente en tamaño.

—¿Ve usted, William? Si acaso nuestros instrumentos fallaran, esto acabaría de convencernos. Las dos imágenes tenían que ser iguales; sin embargo, la imagen que estamos viendo en la pantalla es sensiblemente inferior a esta otra tomada cuando la Luna estaba en la misma posición.

William desechó ya toda duda. Indudablemente, lo que registraban los aparatos era cierto y una extraña, pero real anomalía astronómica se estaba produciendo.

—Estoy verdaderamente asombrado —fue el único comentario de William.

—Estamos, pues, en la misma situación —contestó el profesor.

—Creo —continuó William— que debemos de tomar alguna medida con respecto a este asunto.

—Si. He pensado que se debe comunicar al Gobierno, pero antes

quería hablar con usted y con el profesor Browm ah, al objeto de ver si podíamos dar aunque fuera una lejana explicación de este fenómeno.

Los dos hombres guardaron silencio durante unos minutos.

—Bien. No sé qué decir, profesor.

—No se esfuerce. Añora, lo mejor es que se marche a descansar. Debe haberse pasado muchas horas de viaje.

—Así es.

—Le diré que he recibido un telegrama del profesor Browm diciéndome que llegaría sobre las diez de la mañana. Creo que lo mejor es que vayamos ahora a acostarnos.

—Sí, profesor. Es preciso estar descansados y frescos para adoptar las medidas que sean necesarias en un futuro inmediato.

El profesor Jansen fue desconectando todos los instrumentos y, luego, los dos hombres, en silencio, se dirigieron hacia el despacho en el que había sido introducido William cuando llegó al edificio Una vez más Jansen volvió a llenar los dos vasos y bebieron en silencio.

—¿Cuáles son sus instrucciones, profesor?

—Creo que debemos reunirnos mañana a las doce. Para esa hora ya estará el profesor Browm con nosotros. ¿Le parece, William?

—Muy bien, profesor. Entonces, quedamos así.

—A las doce comerán ustedes conmigo en mi casa.

—Me parece magnífica la idea.

—Ya sabe usted mi dirección, ¿no, capitán?

—Sí, profesor Jansen.

—Entonces, hasta mañana a las doce.

El profesor pulsó un botón y su auxiliar femenino, Grace, se acercó a la entrada de la puerta.

—¿Desea algo, profesor?

—Sí, Grace. Acompañe al capitán.

William salió en silencio acompañado por aquella mujer y, unos segundos después, se despedía de ella ya a la puerta de la calle.

—Que descanse usted, capitán.

—Buenas noches, Grace.

CAPÍTULO II

W

illiam puso en marcha su coche y abandonó aquellos lugares. Durante unos instantes no dudó sobre cuál debía ser su destino a aquellas horas de la mañana; pensaba ir a su piso situado en la parte norte de la ciudad, pero luego llegó a otra conclusión. Quizá lo mejor era instalarse en un hotel del centro, Su ayuda de cámara le había solicitado permiso para ir a nacer una visita familiar, mientras é! se encontrara en Washington y no era probable que hubiera vuelto. Sí, decididamente lo mejor era encaminarse a un hotel, donde no tendría que preocuparse de la menor cosa.

Tomada ya su decisión, se dirigió hacia el centro en busca del apetecido hotel. Su pensamiento trabajaba a toda velocidad. Cuanto había hablado con el profesor Jansen y había podido comprobar en su compañía era realmente desconcertante. Jamás la Tierra había atravesado una situación semejante. Pensó en nuestro familiar satélite, en su presencia constante y sin alteraciones durante tantos millones de años y, de pronto, de una manera alarmante, comenzaba a apartarse.

¿Cuáles serían las causas que motivaban semejante cambio?

Hacía cuatro años que William Kennedy, capitán de fragata, había sino destinado a la más importante operación científica que intentaron jamás los hombres de la Tierra. El progreso técnico había llegado a tal punto, que el soñado viaje a la Luna había dejado de ser un mero sueño para convertirse en una próxima realidad. Hombres de ciencia de la mayor parte de los países de la Tierra, formidablemente apoyados por el Gobierno de los Estados Unidos, estaban preparando aquel viaje. La operación «Luna amiga» había sida puesta en marcha hacía unos años y ya estaban todos los preparativos hechos, de tal forma que, de no haber sucedido este contratiempo, dentro de un mes y cinco días iba a realizarse el primer despegue de un vehículo pilotado por seres humanos cuya dirección era la Luna.

Ahora, tal vez todo iba a irse al traste, o quizás peor aún. Tal vez este alejamiento de la Luna podía suponer para nuestro planeta motivos de trágicas consecuencias.

Una y otra vez repasaba en su mente los datos que él había podido comprobar en el laboratorio que dirigía el profesor Jansen. Intentó enfocar el problema de distintas maneras, pero no pudo encontrar ni el más ligero atisbo de solución al mismo. Realmente, era un hecho desconcertante que escapaba a toda previsión posible. Pensó en el

profesor Browm. Quizá su gran autoridad en Astronomía diera con facilidad en la explicación de aquel fenómeno, aunque William se encontraba muy escéptico con respecto a esta posibilidad.

El coche de William Kennedy, a una regular velocidad, se deslizaba silenciosamente hacia el centro de la gran urbe. Apartó su atención de los profundos pensamientos en que iba sumido y miró atentamente en la dirección que llevaba. Ante sí se extendía una calle de regular anchura que aparecía completamente desierta. La ligera niebla había mojado el pavimento, dándole un matiz más oscuro de lo habitual. William habría jurado que había visto moverse algo delante de él. Había puesto el coche a un mínimo de velocidad y miraba fijamente, intentando descifrar qué era lo que le había sacado de su abstracción. Por un momento pensó que había sido una ilusión, pues no podía percibirse la silueta de ser o vehículo alguno. Ya comenzaba a apretar el acelerador para proseguir raudamente su camino, cuando a unos cien metros de donde se encontraba surgió, del amparo de un pórtico, una ágil silueta que emprendió veloz carrera en dirección norte. William se fijó atentamente y pudo percatarse de que se trataba de una mujer, pero su sorpresa subió de punto cuando vio que de la acera de enfrente salía un individuo, hombre, al parecer, de complexión robusta, que seguía los pasos de aquella dama.

William redujo la marcha de su automóvil y apagó los faros. A la débil luz del alumbrado pudo seguir de cerca el drama que comenzaba a desarrollarse. La mujer volvió la cabeza y dio un ligero grito al comprobar que era seguida por aquel individuo. Su veloz caminar se convirtió en rauda carrera que fue imitada por su perseguidor. Aunque se trataba de una mujer joven y probablemente habituada al deporte, el hombre comenzó a ganar terreno rápidamente.

William aceleró suavemente su automóvil y acortó las distancias, dando gracias a Dios porque los motores que se fabricaban entonces eran absolutamente silenciosos. La mujer corría desesperadamente, pero el nombre se le acercaba con fatal rapidez. Le pronto, aquella mujer se volvió y de un pequeño instrumento que sostenía con la mano derecha salió un remitente y finísimo rayo de luz. El hombre apenas si tuvo tiempo de lanzarse al suelo y el rayo pasó por encima de él.

William se sintió de pronto deslumbrado por un fuerte fogonazo que se produjo en la parte trasera de su coche. La mujer intentó nuevamente enfocar a su perseguidor con aquel pequeño instrumento, pero éste, desde el suelo, disparó a su vez una extraña arma que llevaba en la mano izquierda y un ligero silbido rompió el silencio de la noche. Casi inmediatamente la mujer lanzó un pequeño grito de angustia y cayó al suelo. En este momento, su perseguidor se levantó

con rapidez y se dirigió hacia ella precipitadamente.

William no esperó más. Pisó a fondo el acelerador y su coche dio un salto vertiginoso que lo situó a la altura de aquel hombre en poco más de un segundo. Casi exactamente frenó su automóvil, al mismo tiempo que salía disparado por la portezuela. El hombre quedó asombrado ante la presencia de aquel desconocido y por un segundo se mostró ante William con gesto de sorpresa.

William no lo pensó más. Con un enérgico salto se abalanzó sobre él. Los dos hombres rodaron por el suelo para levantarse rápidamente. Se trataba de un hombre de regular estatura, pero de poderoso brazo. William sintió inmediatamente los electos de aquella fuerza hercúlea, pues el individuo lo cogió por la cintura y lo levantó en vilo, arrojándolo a tres o cuatro metros de distancia. Con rápido ademán se abalanzó nuevamente sobre William, pero éste pudo por fortuna situar sus pies a la altura del vientre de su contrincante y, aprovechando su propia inercia, lo volteó dramáticamente sobre su cabeza. Un segundo después era William el que se abalanzaba sobre su enemigo.

Este apenas se habla incorporado cuando sintió sobre su mentón el tremendo ímpetu de un formidable puñetazo. El golpe de William le hizo perder el equilibrio y no cayó nuevamente al suelo gracias a que se encontró su espalda apoyada contra la pared de los edificios en cuya acera se libraba la lucha. William no vaciló; dirigió una serie de golpes al estómago de su enemigo y rematό luego con un sorprendente puñetazo a la barbilla que hizo que aquel individuo doblara sus rodillas.

Ya se creía William dueño de la situación cuando de pronto se sintió cogido de las piernas por poderosas manos y volteado su cuerpo por el suelo. Los dos hombres se abrazaron en feroz lucha, rodando por la calzada en las más inverosímiles posturas. Por fin, William pudo conectar un nuevo directo a la barbilla que hizo que su enemigo aflojara momentáneamente la presa. William, con rapidez sorprendente, dirigió un golpe con el dorso de su mano al cuello de su contrincante. Era un golpe que había ensayado miles de veces en su época estudiantil. En efecto; el contrincante de William cayó al suelo como fulminado por un raye. Se trataba de un golpe de jiu-jitsu que afectaba el nervio vago que pasa por el cuello y que producía por unos momentos la pérdida del conocimiento de aquel que lo sufría.

William se acercó hacia su contrincante y pudo ver que, en efecto, estaba sin sentido. Luego, se levantó, alisó sus cabellos y su ropa y, en veloz carrera, se dirigió al lugar donde había visto caer a la joven.

En efecto; allí estaba, en el suelo. Un leve quejido salía de sus labios y sus ojos abiertos estaban empañados de terror.

—Cálmese… Cálmese. Ya no pasa nada.

La muchacha tenía su mano derecha crispada sobre su hombro izquierdo. William miró atentamente y pudo percatarse de que un arma punzante estaba clavada en el hombro de aquella mujer. Delicadamente, intentó arrancarla, pero un grito de dolor de la muchacha le impidió continuar su acción. Durante unos segundos quedó en suspenso, sin saber qué determinación tomar. Por último, pensó que lo mejor era trasladarla a cualquier equipo de socorro próximo. Con gesto decidido intentó cogerla en sus brazos, pero un gesto de la misma lo detuvo.

—No. Espere, espere un momento —dijo la muchacha con voz entrecortada.

Luego, le preguntó a William:

—¿Está por ahí mi bolso?

William se incorporó y echó una mirada circular.

A unos quince o veinte metros de distancia se encontraba un pequeño maletín negro del tamaño aproximadamente de un bolso de mujer. En dos zancadas se acercó al sitio y lo recogió. Luego volvió junto a la mujer.

—¿Es esto?

—Sí —dijo la muchacha, conteniendo una mueca de dolor—. Ábralo... pronto ..

William hizo lo que le indicaba.

—Un tubo, que hay dentro...

William lo sacó del bolso.

—Por favor, deme dos comprimidos.

Con gesto nervioso pero rápido, William abrió el tubo y puso en la palma de su mano dos comprimidos de tipo parecido a tantos otros que se emplean en farmacia.

La muchacha alargó su mano derecha ensangrentada, los cogió y se los introdujo en la boca. Con un pequeño esfuerzo consiguió deglutirlos. Luego abandonó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el brazo de William y cerró los ojos.

Así pasaron unos segundos. William pudo observar con asombro cómo las facciones de aquella mujer iban serenándose por momentos. Por último abrió los párpados.

—Ahora. Pruebe ahora.

—¿Qué es lo que tengo que probar?

—Sáqueme esto del hombro.

William cogió aquella especie de flecha que tenía clavada en el hombro y volvió a tirar suavemente, pero no consiguió nada.

—Tire con más fuerza —dijo la muchacha—. No creo que haya

peligro de romper alguna vena. Está en una posición en que ese peligro es mínimo.

William tiró con más fuerza y un escalofrío le recorrió la columna vertebral al oír cómo desgarraba la carne aquella arma punzante. La muchacha no soltó ni el más leve grito y las facciones de su cara no demostraron el inmenso dolor que debía haberle producido aquella operación. William vio con asombro que se trataba de un pequeño arpón de unos veinticinco centímetros de largo.

—Pero es horrible. Esto le debe haber causado gran dolor.

—No. No lo crea —sonrió la muchacha— Las pastillas que me tomé eran para anestesiarme. No sucedió nada.

Entonces William procuró taponar la herida, por la que manaba abundante sangre. Sacó de su bolsillo un pañuelo e hizo una compresa que aplicó a la herida y que luego pudo atar con dificultad, rompiendo unas tiras de su camisa. Una vez realizada esta operación, los dos seres se pusieron en pie.

—Creo que lo más conveniente es que la lleve a cualquier equipo quirúrgico. Este no puede quedar así.

—Creo que venía usted en un coche ¿no? —preguntó la muchacha.

—Así es. Está a unos cincuenta metros más abajo.

Con paso rápido se dirigieron los dos hacia el descapotable de William. En un momento estuvieron arriba y fue cosa de un segundo hacerlo arrancar, ya que el motor no había sido parado

—Pronto alejémonos de aquí —dijo la muchacha, en cuya voz se notaba una real excitación.

—Creo que por aquí cerca hay un equipo quirúrgico. La llevaré en unos minutos.

—¡No!... ¡No lo haga usted! —exclamó la muchacha—. Prefiero que me aleje usted unos cuantos cientos de metros y luego me deje. Ya me ocuparé yo luego de mi vida.

—Pero usted no puede ir así sola... Al menos, déjeme que la acompañe hasta donde usted quiera.

—No. No hace falta. Sólo quiero que me aleje de aquí unos centenares de metros

William miró con detención la cara de aquella mujer. Entonces pudo percatarse de que era una mujer de extraordinaria belleza. En sus facciones revelaría unos veinticuatro o veinticinco años a lo sumo y sus ojos se encontraban desencajados, tal vez por algún temor oculto. William pensó que habían muchas cosas extrañas en aquella mujer. No solamente la excitación que demostraba, al fin y al cabo lógica, después de los últimos acontecimientos, sino otras cosas. Por ejemplo, aquel deseo de que la apartara cuanto antes de aquel lugar y

la dejara sola. Asimismo, resultaba altamente misterioso el hecho de que con una herida tan profunda hubiera podido soportar la extracción del arpón y, en la actualidad, no mostrase signo alguno de padecer por ningún concepto. Que William recordara no había ningún analgésico capaz de producir efectos tan formidables como aquel que al parecer había ingerido la joven. Por si todo esto era poco, sobre su pecho y colgando del cuello por una fina cadena había un extraño instrumento, una especie de micrófono, cuya forma no le decía nada a William.

—¡Pronto, por favor! Vámonos de aquí —insistió la joven.

William apretó un poco más el acelerador. La mujer miraba por la ventanilla con ojos desorbitados, como esperando alguna nefasta aparición de un momento a otro. No había andado el coche más de cien metros cuando William recordó al hombre con quien había combatido. Rápidamente frenó el coche y abrió la portezuela para salir.

—¿A dónde va ahora? —dijo la muchacha excitada—. Por favor, yo no sé conducir este automóvil.

—Vuelvo en seguida. He de ver qué ha sido de mi contrincante.

Con rápida carrera se dirigió al lugar donde había luchado con su enemigo. No tardó en localizar el sitio, pero su asombro creció de punto cuando vio que no había nadie por aquellos alrededores. Minuciosamente buscó en una extensa área, alrededor del sitio en que se había producido el combate. Ni en las aceras, ni en la calzada, ni en los quicios de las puertas, ni en lugar alguno pudo encontrar a su enemigo.

«Realmente sorprendente —pensó en voz alta».

Insistía en su busca, cuando la voz de la mujer que había quedado en el coche llamó su atención.

—¡Venga usted! ¡Pronto!

William levantó la cabeza y vio que la muchacha tenía medio cuerpo sacado por la ventanilla y gritaba desesperadamente para llamar su atención.

—¡Dese prisa! ¡Dese prisa!… ¡Venga!

Sospechando alguna nueva treta de su contrincante, William echó a correr a toda la velocidad de sus piernas y en pocos segundos se situó junto a la portezuela de su coche.

—¿Qué sucede? —dijo—. ¿Qué pasa?

—No le puedo explicar. Suba usted. Suba.

William se sentó al volante y miró con ojos interrogadores a la mujer.

—No me haga preguntas. Haga andar este coche. Están aquí… aquí cerca.

Aunque William no entendía nada de lo que aquella mujer pretendía decirle, comprendió sin embargo que algo estaba a punto de suceder y apretó el acelerador del automóvil. La mujer miraba por la ventanilla y en su mano derecha empuñaba aquel pequeño instrumento, del cual había salido el rayo de luz que dirigió hacia su agresor.

—Bueno, pero ¿puedo saber qué pasa?

—No puedo ahora explicarle. Están muy cerca. No sé por qué sitio pueden salir a nuestro encuentro, pero se hallan muy cerca de nosotros.

—Pero ¿quién es quién está cerca?

—Ellos. Me persiguen Intentarán cualquier cosa por apartarme de su camino.

De pronto William se sorprendió ante un hecho que no había observado antes. El pequeño aparato que llevaba la mujer sobre su pecho emitía intermitentemente una luz roja, al mismo tiempo que dejaba escapar un silbido parecido al de la telegrafía sin hilos.

—¿Puede usted explicarme qué es eso?

—Es el detector —dijo la mujer sin dirigir la mirada a William—. El me indica que están cerca. Tengo captada su onda y el detector da la señal de alarma.

—Pero ¿quiénes son los que están cerca? ¿Ni qué ondas, ni qué diablos son estos de los que usted me está hablando?

En este instante el pequeño aparato emitió la luz con más intensidad y, asimismo, subió de tono el silbido.

—Ya están muy cerca. Intentan cogernos entre dos fuegos. Un coche se dirige hacia nosotros por detrás y otro viene por la bocacalle de la derecha que tenemos a cincuenta metros delante.

William, ante aquel enorme rompecabezas, no sabía qué decisión tomar. Fue la mujer la que ordenó con imperativa y enérgica voz.

—¡Pronto, fuera del coche! Pare usted el coche y salgamos.

William obedeció y los dos seres abandonaron el descapotable.

—¡Aquí! —dijo la mujer, indicándole que se tumbara en el suelo, al amparo de una de las casas de la calle.

William obedeció como un autómata. En su mano derecha había aparecido la pistola reglamentaria de la Marina.

—Tranquilícese usted. No sé quienes son los que la persiguen, pero tenga la seguridad de que la defenderé.

—Poco puede usted hacer por mí.

En este mismo instante, por la bocacalle que habla indicado anteriormente la mujer, apareció un coche que se cruzó en medio de la calzada, como para interceptar el paso al coche de William. Apenas se había realizado esta operación, cuando del interior del coche salió un poderoso haz de luz que fue a dar de lleno en el coche de William. Este pudo ver como su magnífico automóvil se fundía en breves instantes.

—¡Pero… ¡demonios de hombres! —no pudo menos que murmurar —. ¿Qué clase de arma es esa?

En aquel mismo instante y a unos trescientos metros, avanzaba un coche en dirección al montón de escombros, por la parte trasera, de lo que fue automóvil de William.

—Estese quieto —dijo la muchacha.

El coche fue acortando la distancia. Entre tanto, varios de los ocupantes del coche que se había cruzado en la calzada, saltaron al exterior y fueron avanzando con precaución hacia el montón humeante de cenizas.

William quitó el seguro a su pistola y se dispuso a disparar sobre aquéllos que tan ferozmente habían actuado contra su automóvil.

—¡Estese quieto! —dijo la muchacha—. Espere que acabe yo primero con el coche que viene detrás.

William comprendió que no era mala la estrategia propuesta por aquella mujer. El segundo coche iba avanzando hacia lo que fue un magnífico descapotable; cuando estuvo a unos cincuenta metros de distancia la muchacha dijo secamente:

—Ahora.

De su mano derecha salió aquel rayo, con el que estaba familiarizado ya William y el coche enemigo fue rápidamente una masa ingente y rojiza de material semifundido. Los hombres que avanzaban hacia el coche de William se detuvieron sorprendidos por aquella circunstancia. En este mismo instante, William disparó su pistola repetidas veces. Al segundo disparo uno de los asaltantes cayó al suelo. Los otros tres, pues cuatro eran los hombres que habían descendido del coche, iniciaron un movimiento de retroceso ante la sorpresa que les había producido los disparos de William. Este volvió a funcionar su pistola y otro de sus enemigos y poco después otro cayeron al suelo. Desde dentro del coche salió la terrible ráfaga luminosa y comenzó a barrer la calle de acera a acera.

La mujer se volvió con gesto rápido mientras ordenaba a William:

—Estese quieto. Si les señala a ellos nuestra posición estamos perdidos.

William dejó de disparar, mientras la muchacha enfocaba hacia

aquellos hombres y al automóvil el poderoso haz de luz de su terrible arma. Un segundo después conseguía el blanco apetecido y tanto el automóvil como los hombres caídos en el suelo se convirtieron en un montón de cenizas y hierros retorcidos.

Pasaron unos segundos sin que nada sucediera de nuevo.

—Bien, creo que hemos conseguido librarnos de nuevo —dijo la muchacha

—Así parece —jadeó William, a quien la escena le había horrorizado—. Estoy verdaderamente asombrado. No comprendo ni una palabra de todo cuando ha sucedido, ni mucho menos de la manera en que ha sucedido.

—Yo se lo explicaré luego —dijo la muchacha.

En aquellos momentos comenzó a oírse a lo lejos el silbato de los guardias y el rumor de los coches que sé acercaban.

—¡Pronto! —dijo la muchacha—. Vaya usted a ver el coche que se había cruzado frente a nosotros por si acaso existiera algún superviviente. Yo inspeccionaré el que nos quería atacar por atrás.

William obedeció la orden y rápidamente se encaminó hacia el objetivo que le mostraba la mujer.

Mientras observaba el informe montón de ruinas humeante; pudo oír indistintamente la sirena de los coches de la policía que venía por una calle lateral, a unos tres o cuatrocientos metros del lugar en que se encontraba. Afortunadamente, pensó, pronto vamos a poder poner las cosas en claro. Unos segundos después dos autos de la policía de patrulla frenaban bruscamente a la altura de William.

—¡No se mueva! ¡Levante las manos! —conminó una voz desde el interior de uno de ellos.

William hizo lo que se le ordenaba. Un sargento de la policía de patrulla saltó ágilmente del coche y le encañonó con su pistola.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Soy el capitán William Kennedy, de la Armada de los Estados Unidos.

William sacó la documentación que lo acreditaba y que fue observada detenidamente por el sargento.

—De todas formas, tendrá usted que explicarnos qué ha sido esto. Hemos oído algunos disparos y hemos visto tremendos fogonazos, ¿ha sido usted el responsable?

—Pues, verá sargento. En parte, sí. Yo he sido el que ha disparado.

—¿Contra quién?

William se sintió cortado pues, en realidad, no sabía qué contestar.

—Contra algunos hombres que intentaban agredirme.

—¿Dónde están?

William hizo un gesto y señaló los pequeños montones de cenizas que habían quedado sobre el pavimento de la calle.

—Bueno, pero eso, eso es una cosa muy rara —dijo el sargento—. Usted va a perdonarme, capitán, pero tenemos que cachearlo.

—Bilkbur cachea al señor —ordenó.

Uno de los agentes de la patrulla se dirigió hacia William, el cual no ofreció la menor resistencia.

—Tiene una pistola, sargento.

—Guárdala. Y ahora, capitán, va usted a explicarnos todo lo que ha sucedido.

—Mire sargento, en realidad yo puedo explicar poca cosa, sé de todo poco más que usted.

—¿No le parece a usted un poco raro lo que está diciendo, capitán?

—Pues así es.

—Entonces, va a acompañarnos a la Comisaría, donde tendrá que dar sus explicaciones al teniente.

—Estoy a sus órdenes, sargento, pero conmigo viene una mujer. Quizás ella sea la clave de todo este enorme embrollo.

—Y ¿dónde está esa mujer?

William indicó con un gesto, a sus espaldas.

—Harry, Bonal —ordenó el sargento— recorred la calle y traed aquí a esa mujer.

Los dos agentes se dirigieron en la dirección que había sido señalada por William, mientras tanto el sargento observaba desconfiado a éste.

—Supongo que no tendrá inconveniente en acompañarnos a la comisaría.

—De ninguna manera, sargento, estoy a sus órdenes. Comprendo que la cosa bien merece una aclaración.

—Bien. Me alegro de que sea así —contestó el sargento.

Luego estuvo husmeando entre las ruinas.

—Paro, esto es asombroso, ¡parece como si se hubiera fundido todo!...

Durante unos minutos continuó la inspección, sin que el sargento pudiera colegir nada en claro. Poco después, llegaban los dos agentes que habían salido en busca de la mujer.

—No hemos encontrado a nadie, sargento.

— ¡Pero si iba conmigo! —no pudo menos que exclamar William.

—Y ¿cómo se llama esa mujer?

—El caso es que no lo sé.

—¿No sabe usted cómo se llama y dice que iba con usted?

—Sí. Yo la encontré en circunstancias especiales.

—Bien. Está bien. Vámonos a la comisaría —luego ordenó—: Bilkbur y Donald: quedaos aquí y detened a toda persona que pase por este lugar.

—De acuerdo, sargento.

Luego invitó con un gesto a William a entrar en uno de los automóviles y rápidamente partieron en dirección a la comisaría.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente William se dirigió hacia la casa del profesor Jansen, sobre las doce de la mañana. Había tenido que alquilar un taxi para hacer el trayecto que hubiera hecho en su automóvil de no haber sucedido las cosas anteriormente descritas. Si la revelación del profesor Jansen era sorprendente, no lo era menos todo lo que había acaecido después.

Su relato en la comisaría tenía tales tintes de inverosímil que el teniente se negó a creer ni una sola palabra de las que pudiera decir William. Tan embarazosa se había puesto la situación y tan imposible para éste era dar una explicación lógica de todo le sucedido que no tuvo otra solución que telefonear al profesor Jansen, poniéndole al corriente de la situación en que se hallaba. Dos horas después llegaba un despacho del Gobierno Federal de los Estados Unidos, ordenando la inmediata puesta en libertad del capitán William Kennedy, sin que se le dirigieran más preguntas. Gracias a esto, William podía dirigirse en aquellos momentos a la reunión concertada con el profesor Jansen.

Por fin llegó a su destino Despidió el taxi y llamó a la puerta de la casa. Le abrió un criado y le hizo pasar rápidamente al saloncito, donde encontró al profesor Jansen, al profesor Browm y, asimismo, pudo observar que con ellos se encontraba un desconocido.

—Querido William —le saludó el profesor Jansen— Le estamos esperando con impaciencia.

—Pues ya me tiene aquí, profesor. ¿Cómo está usted, doctor Browm?

—Bien, William. Aquí le presentarnos al capitán Williamson.

Después de cruzarse los saludos de rigor, el recién presentado se dirigió a William.

—Capitán Kennedy, usted me perdonará si he de causarle alguna molestia. Pertenezco al Servicio Central del F. B. I. y he sido enviado en misión especial para interrogarle a usted, ¿Tiene algún inconveniente?

—De ninguna manera, capitán Williamson. Estoy a sus órdenes.

—¿Quiere usted hacerme un relato de lo sucedido anoche, después de dejar al profesor Jansen?

William tomó asiento en compañía de los demás, alrededor de una pequeña mesa en la que había servidos sendos vasos de whisky y, con

voz serena, fue relatando todos los acontecimientos del extraño suceso que había vivido.

Tanto el capitán Williamson, como los profesores Jansen y Browm escucharon con atención absoluta, conteniendo casi la respiración para no perder ni tina sola palabra de aquel fantástico relato. Cuando terminó, William hizo un signo como dando a entender que no podía decir nada más

—Eso es asombroso —dijo el capitán Williamson— ¿Usted se percata bien, capitán Kennedy, de la serie de problemas que plantea su relato?

—Sí. Me doy cuenta, capitán.

—¿Está seguro de no haber tergiversado nada, de no haber entendido mal la cosa o de no haber desproporcionado cualquier accidente o hecho de los que usted vivió en las últimas horas?

—Estoy seguro, en una palabra —dijo Kennedy— de no exagerar ni un punto. Las cosas sucedieron tal como se las he relatado y no puedo añadir ni quitar ni una sola palabra.

—Lo comprendo, capitán Kennedy, yo mismo no sé qué solución sacar de todo esté embrollo. Y, dígame: ¿tiene usted una idea aproximada de esa arma que parece ser de efectos terribles?, es decir: ¿tiene usted alguna teoría sobre su funcionamiento, etc.?

—Pues no, capitán. Estoy tan sorprendido como usted.

—Y, en cuanto a la mujer ¿dice usted que era joven, de unos veinticuatro o veinticinco años? ¿No podría usted recordar el color de su pelo, de sus ojos, sus facciones, etc.?

—Pues sí. Aproximadamente puedo hacer una descripción.

—Bien. Tendrá usted que pasar por nuestro departamento, al objeto de que los dibujantes nuestros intentan perfilar la silueta y las facciones de esa mujer.

—Lo haré con mucho gusto, aunque le supongo a usted enterado de que estoy encargado de una misión especial e importantísima por parte del Gobierno y no dispongo de todo el tiempo que yo quisiera.

—Sí, lo sé, capitán. Aunque desconozco la naturaleza de esa misión he recibido órdenes muy especiales en Washington de procurar molestarle lo menos posible. Creo que lo mejor será que haga usted una descripción detallada y luego le someteremos quince o veinte dibujos, sobre los cuales poder encontrar definitivamente la efigie de esa mujer.

—Me parece una buena idea, capitón Williamson.

William hizo una descripción detallada de la mujer que había vivido aquellos momentos tan angustiosos. Terminado este relato, el capitán Williamson se levantó para despedirse.

—Les ruego a ustedes me perdonen, señores, pero no tenía más remedio que tener esta conversación con el capitán Kennedy cuanto antes

—Estamos perfectamente convencidos —dijo el profesor Jansen.

Los tres hombres estrecharon la mano del policía y éste se despidió, al objeto de comunicar a sus superiores las sensacionales declaraciones de William.

—Bien querido William —dijo Jansen—. Su relato nos ha sorprendido a todos.

—Si no conociera yo a William Kennedy —dijo enfáticamente el profesor Browm— diría que todo esto es el relato de un loco.

—Si; yo mismo pienso a veces si no habré soñado todo lo que ha ocurrido. Realmente es algo asombroso.

—Lo cierto es que nosotros tenemos problemas mucho más perentorios que resolver y hemos de dar de lado a los demás que puedan presentársenos por añadidura.

—Así es, profesor Jansen —contestó William— Tampoco nosotros tenemos la situación muy propicia ¿verdad?

—Hemos discutido el doctor Browm y yo sobre la situación Realmente, no hemos llegado a una conclusión definitiva, aunque el profesor ha aportado algunos detalles y puntos de vista interesantes.

—Así es. No podemos llegar a una conclusión clara, sin embargo he de comunicarle capitán que hace ya algún tiempo que se están observando ciertas, digamos. irregularidades en el comportamiento de nuestros vecinos siderales.

William aguzó su atención.

—¿En qué consisten estas irregularidades, profesor?

—Como saben, hace tres meses abandoné la compañía de ustedes para dirigirme al observatorio del Monte Palomar, al objetor de tomar ciertas medidas para nuestro proyecto «Luna amiga». Durante cierto tiempo he estado trabajando sobre ello y haciendo una observación minuciosa de las condiciones del espacio cósmico próximo a nosotros. El nuevo telescopio de dieciséis metros de diámetro permite observaciones asombrosas. Una de las cosas que más ha llamado mi atención es la casi constante lluvia de cuerpos extraños sobre nuestro planeta. Su poco tamaño y su velocidad me han impedido precisar exactamente su contextura, pero son a no dudarlo aerolitos que caen sobre la Tierra.

—Usted perdone, profesor, pero no veo en ello un hecho realmente extraordinario.

—Ya lo sé, capitán; no es la primera vez que sucede esto; lo que sí resulta extraordinario es, primero: que no hay forma de precisar, ni

siquiera colegir vagamente de dónde provienen esos aerolitos y, en segundo lugar: que todos llevan la misma dirección de caída. Precisamente sobre el Océano Pacífico, en una zona que va de los dos mil a los dos mil quinientos kilómetros de las costas de América.

—Sí, eso es más extraordinario.

—En fin, capitán. Estos y otros hechos que no hacen ahora al caso, pero que estudiaremos detenidamente más adelante, me tienen enormemente preocupado. Pero lo que culmina mi preocupación es el hecho insólito del alejamiento de la Luna con respecto a nuestro planeta. Este alejamiento ha sido observado por el profesor Jansen y por mí casi al mismo tiempo, de tal modo que yo no había podido todavía comunicarle este fenómeno.

—Y bien, en la actualidad ¿continúa este alejamiento?

—Sí, las últimas investigaciones realizadas hace poco más de una hora indican que la Luna se encuentra ya a seiscientos treinta y dos mil kilómetros de nuestro planeta.

—Bueno, pero eso es verdaderamente asombroso —dijo William.

—Incluso peligroso —dijo el profesor Browm.

—¿Y a qué puede obedecer esa extraña circunstancia?

—Después de discutirlo con el profesor Jansen —continuó Browm — hemos llegado a la conclusión de que la Luna huye de nosotros, porque algún cuerpo hostil se ha aproximado a ella lo suficiente como para vencer nuestra atracción gravitatoria.

—Y ¿qué cuerpo puede ser ese?

—Por el momento no puedo decirlo, aunque según los cálculos matemáticos que hemos hecho debe ser una estrella errante, cuya órbita es desconocida para los terrestres. Tal vez se trate de un cometa que ya pasó por las proximidades de la tierra hace miles de millones de años. En realidad poco podemos aclarar sobre este asunto.

—Entonces, el proyecto «Luna amiga» se nos viene al suelo —dijo William.

—Por el momento sí, capitán. Los cálculos que tenemos hechos para este proyecto están muy por debajo de los que habría que hacer ahora para alcanzar la Luna, en el supuesto de que ésta detuviera su inesperada fuga.

—Y esto ¿puede tener graves consecuencias para la tierra?

—Hemos llegado a la conclusión de que no —terció Jansen—. No es tan fácil desequilibrar la armonía gravitatoria del Universo. Si la Luna sigue con ese proceso de retroceso es porque indudablemente lo debió seguir ya en otros tiempos, quizá en los albores de la Creación. Por lo tanto, hemos de suponer que esa estrella errante siga su curso y deje de ejercer su influencia nefasta sobre nuestro satélite, en cuyo

caso éste volverla a ocupar la órbita que ocupaba anteriormente.

—¿Entonces tal vez podamos realizar nuestro proyecto?

—Tampoco podemos dar una contestación categórica a esa pregunta —dijo Browm—. Créame que esto no supondrá un cataclismo definitivo para la Tierra por las razones que hemos expuesto antes. Ahora bien; el tiempo que dure este proceso de alejamiento y retorno es algo que está por encima de todas nuestras posibles previsiones. Tal vez esto sucedió hace miles de millones de años y quizá el proceso durara cientos o quizás miles o quizá millones de años.

—En verdad —dijo William con voz apagada— que las últimas veinticuatro horas han sido capaces de conmover el espíritu más firme.

—Sí, así es —dijo Jansen—, y más para usted, capitán, que tuvo que vivir los acontecimientos de la madrugada última.

—De cualquier modo que sea —terció Browm—. c creo que debemos de realizar la visita que tenemos proyectada a nuestra base de lanzamiento en el Pacífico. El proyecto «Luna amiga» debe seguir adelante, por si acaso las circunstancias actuales se modificasen rápidamente.

—Yo lo tengo todo dispuesto para esa visita —dijo

William—. Precisamente antes de salir en dirección a Nueva York había mandado un mensaje cifrado a la base para que todo estuviera dispuesto en cuanto llegáramos.

—Pues las cosas seguirán adelante, a pesar de todo —dijo Browm.

Los tres hombres cambiaron la conversación hacia temas más gratos y que supusieron un reposo para el ánimo, que se encontraba en casi perpetuo estado de zozobra desde las últimas horas.

Media hora después se despidieron, luego de haber tomado la decisión de reunirse al día siguiente a las ocho de la mañana para emprender el vuelo hacia la base del Pacífico, donde se disponían las cosas para el lanzamiento del cohete con pilotos humanos en dirección a la Luna. William aceptó la propuesta del profesor Jansen de utilizar uno de sus dos automóviles para volver a su hotel. Por el camino, las ideas se agolpaban en su mente, produciéndole una confusión de pensamientos y emociones; aunque no se le escapaba la tremenda importancia del fenómeno cósmico por que atravesaba el satélite de la Tierra. su pensamiento se detenía, sin embargo, con mayor predilección en los acontecimientos vividos por él en las terribles horas de la madrugada pasada. El capitán William tenía razón al considerar la gravedad de los múltiples problemas que aquello suscitaba Evidentemente, el empleo de aquellas terribles armas

planteaban un interrogante sobrecogedor.

¿Qué país había conseguido aquella mortífera arma? ¿Cuál sería su objetivo? ¿Qué es lo que intentaría?

Por otro lado, la aparición de aquella joven mujer. El hecho no podía ser más insólito. Una hermosa y delicada mujer envuelta en una aventura espeluznante; de su energía y decisión había dado pruebas más que sobradas. ¿Por qué aquellos hombres habían intentado secuestrarla o tal vez borrarla del mundo de los vivos? ¿Al servicio de quién estaba? ¿Que extraña conjura misteriosa estaba urdiéndose en la sombra, mientras todos los países de la Tierra hacían comunes propuestas de paz y amistad?

Por un momento quiso desechar todas las ideas fúnebres que acudían a su pensamiento, pero de nuevo volvían a asaltarle. Volvía a ver con los ojos de su pensamiento el miedo angustioso de aquella muchacha que se sentía acorralada por aquellos misteriosos enemigos; de nuevo sentía en sus oídos el timbre gracioso de su voz, teñido de un matiz dramático y, por último, pensaba en su extraña desaparición. Indudablemente aquella mujer no quería nada con las autoridades de los Estados Unidos. Su desaparición para evitar encontrarse con la policía la hacía aparecer a los ojos de William como sospechosa de actividades clandestinas. Ahora parecía recordar que, aunque dominaba un extenso vocabulario inglés, su acento no era el propio de los ciudadanos de los países de habla inglesa. Sin duda se trataba de uní extranjera. Recordaba que, en su desesperación, le había pedido que pusiera en marcha su coche, pues ella no sabía hacerlo. Esto indicaba que era mujer poco habituada a semejante menester. Cosa incomprensible para una mujer americana e incluso europea de mediana posición. Esto era lo más sorprendente.

Durante todo el trayecto fue sumido en estos pensamientos. Cuando llegó a su destino, decidió hacer un esfuerzo de voluntad para despreocuparse de todo. Entró en el hotel y pidió un baño caliente, en el cual se sumergió pocos minutos después, buscando tranquilizar su sistema nervioso, harte conmovido por los últimos acontecimientos

* * *

Los tres hombres guardaban el más absoluto silencio. William fijó sus ojos en la cara preocupada del profesor Jansen y luego los pasó a la del profesor Browm. Efectivamente, en su rostro se reflejaba la viva inquietud que los poseía. En realidad, tenían motivos para estar preocupados; la última aventura de William había venido a acrecentarlos extraordinariamente y aunque Jansen y Browm procuraban en su conversación no dar síntomas externos de la

inquietud que los corroía, no podían evitar de vez en cuando el sumirse en un profundo silencio que revelaba bien a las claras cuál era su estado de ánimo.

William había recibido pocas horas antes la visita de un enviado especial del F. B. I.; este hombre llevaba una serie de dibujos hechos sobre la base de la información proporcionada por William al capitán. William, de entre todos ellos, escoció media docena en que el parecido con la misteriosa mujer de la noche anterior era bastante aproximado. De estos seis dibujos se compusieron rápidamente dos cogiendo las partes más características de cada uno de ellos y por último, se fundieron en uno solo que realmente mostraba un parecido sorprendente con la misteriosa mujer.

Después de resuelto este problema, William había vuelto a entregarse enteramente al proyecto «Luna amiga».

En aquellos momentos los tres hombres viajaban en un poderoso avión de transporte en dirección a la base flotante del Pacífico donde se encontraban las instalaciones para la operación «Luna amiga».

—¿Hay alguna noticia nueva sobre el extraño fenómeno cósmico que padecemos? —preguntó William por romper aquel pesado silencio.

—Nada sustancial puedo añadir —dijo Browm, que se sintió interpelado por estas palabras—. Sólo le diré, capitán William, que el proceso de fuga de nuestro satélite sigue quizá con un aumento de velocidad.

—Y claro está, contra esto no se puede tomar medida alguna, ¿verdad?

—Así es, William. He dado órdenes a todos los observatorios de los Estados Unidos que hagan el máximo de observaciones posible sobre este fenómeno; se han duplicado los equipos y no hay ni un solo segundo que no sea registrado debidamente. Asimismo, hemos cambiado impresiones con los observatorios del resto del mundo, pues el fenómeno ha sido ya ampliamente observado por casi todos los astrónomos de la Tierra. De momento no podemos hacer más.

—Eso creo —intervino Jansen—; por ahora debemos adoptar esta actitud pasiva Quizá el cambio de información entre todos los observatorios de la Tierra pueda conducirnos a algo bueno.

—Tengo entendido —dijo William— que el Gobierno de los Estados Unidos ha cursado un mensaje especial a todos los Gobiernos de nuestro planeta al objeto de coordinar los esfuerzos en este sentido,

—Así es —replicó Browm—. La situación afecta por igual a todo el género humano y todos los Gobiernos se muestran excitados y dispuestos a la colaboración más absoluta para intentar tomar

cualquier medida en prevención de posibles catástrofes en un futuro próximo.

—No creo, pues —dijo William—, que nuestro proyecto «Luna amiga» quede durante mucho más tiempo en secreto.

—Acierta usted plenamente, capitán —dijo Jansen—. Foco antes de que partiéramos del aeródromo recibí por radio un mensaje cifrado del Gobierno Federal en el que se me pedía que le enviara por el mismo procedimiento un sucinto informe sobre lo que es nuestro proyecto de viaje a la Luna al objeto de darlo a conocer a todos los Gobiernos de la Tierra.

—Creo que es una buena medida —replicó William—; en primer lugar, nuestro proyecto ya difícilmente se va a poder realizar, puesto que la Luna está alcanzando una distancia que es inaccesible para nosotros tal como teníamos proyectado el viaje, y en segundo lugar, creo que cualquier medio de que se disponga en cualquier país debe ponerse al servicio de todos si acaso pudiera ser útil en cualquier momento.

—Sí; ese ha sido el criterio de nuestro Gobierno. Espero que haga la comunicación oficial dentro de muy pocas horas.

Después de esta breve charla, los hombres volvieron a sumirse en un pesado silencio que rompió la voz del piloto del poderoso aparato:

—Creo que deben disponerse ustedes al aterrizaje, señoreo

—¿Estamos ya cerca de la base? —preguntó Browm

—Sí, profesor —contestó el piloto.

—Ha sido muy rápido el viaje.

—Es que hemos volado muy por encima de la velocidad del sonido en los últimos minutos.

Los tres hombres miraron curiosamente a través de las ventanillas en su deseo de atisbar en la lejanía la base flotante, desde la cual se había, proyectado hacer el lanzamiento del aerocohete.

Aún pasaron unos minutos antes de que pudieran divisar en lontananza la flotante y grandiosa estructura de esta base.

—Dentro de muy pocos minutos —dijo William en voz alta— habremos aterrizado.

—Sujétense los cinturones de seguridad —ordenó suavemente el piloto.

Los tres hombres hicieron lo ordenado con gran rapidez. Unos segundos después, el poderoso aparato iniciaba su descenso hasta situarse a unos quinientos metros sobre la base flotante; luego, el piloto comenzó un vuelo circular mientras comunicaba por radio con el jefe de aterrizaje de aquella base al objeto de requerir los datos

necesarios para el mismo. Por último, el avión picó suavemente y fue a posarse en la gran superficie acerada que servía de aeródromo a aquella base.

Antes de que se abriera la escotilla para descender, William pudo ver la inconfundible silueta del capitán Temple que los esperaba al pie del avión entre alegre y nervioso; por fin se realizó el descenso y Dic Temple se acercó agitadamente hacia los recién venidos.

—¡William, amigo mío! ¿Cómo estás?

—Perfectamente, Dic. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—No tienes que preocuparte, todo está bien desde la última vez que te fuiste.

Luego, se generalizó el saludo hacia los profesores Jansen y Browm. Los cuatro hombres, acompañados por dos o tres subalternos más, se dirigieron hacia la cabina de mandos de aquella base flotante. Por el camino, Dic no pudo contenerse.

—Te supongo enterado de las grandes y terribles novedades que tenemos, ¿no es así, William?

—Sí. Dic; estoy perfectamente enterado.

—Bueno, ¿puedes decirnos qué es lo que pasa? ¿A qué obedece todo esto?

—Sé lo mismo que tú, Dic. Son fuerzas muy por encima de las humanas las que están actuando y poco o nada sabemos sobre los motivos de este tremendo fenómeno.

Luego, Dic se fijó en algunos ligeros arañazos que William tenía en la cara y manos, consecuencia de la lucha de la noche anterior.

—Oye, William, ¿qué te ha sucedido? Parece como si te hubieran atacado una docena de gatos.

—Ha sido algo peor que todo eso, Dic.

—No me digas, William; va a resultar que te dedicas ahora y armar camorra como cualquier marinero borracho.

William no tuvo otro remedio que hacer un sucinto relato de lo que le había sucedido. Dic escuchó atentamente la narración de William; en sus ojos se mostraba el asombro que le producía el conocimiento de tan extraño suceso.

—Ahora, William —dijo Dic cuando terminó éste— si no fuera porque te conozco bien, diría que el whisky que te sirvieron debía ser de la peor especie.

—Puedo asegurarte, querido Dic, que hace años que no ingiero una dosis suficiente de whisky como para ver visiones.

—¡Pero… eso es fantástico! No tiene sentido. Hombres y mujeres misteriosos en la noche, armas extrañas… En fin, parece un sueño y no

una realidad

—Te aseguro que para mí tampoco resulta muy claro lo sucedido; si no fuera porque viví la experiencia tampoco me lo creería. Sin embargo, puedo asegurarte que es todo tal y como te lo he contado.

—Pues siendo como tú dices, considero que la cosa tiene una gran importancia. Jamás he oído hablar de un arma como esa que tú me has descrito.

—Yo tampoco, Dic. No sé en realidad cuál es su funcionamiento ni en qué se funda.

—¿Y no sospechas tampoco quién o quiénes pueden haber intentado el rapto de esa muchacha?

—Tampoco, Dic. El contrincante mío lo tuve demasiado cerca como para poder percatarme de qué clase de individuo era o a qué nacionalidad pertenecía; en cuanto a los que nos interceptaron el paso, esos estaban demasiado lejos.

—La investigación policíaca superior, ¿dio algún resultado?

—Tampoco se pudo sacar mucho en claro. Las víctimas de tan terrible lucha no pudieron ser identificadas porque, como te he dicho, quedaron reducidas a un pequeño montón de cenizas; en cuanto al automóvil de que disponían, se ha podido deducir que se trataba de un «Packard» último modelo. Eso es todo cuanto ha podido saberse. De la mujer, he podido hacer una descripción aproximada, por lo que que han podido dibujar su efigie los antropólogos y dibujantes del F. B. I.

—En fin, me llena de preocupación todo esto que me has contado, William, y precisamente en estos momentos en que el proyecto «Luna amiga» estaba a punto de ponerse en práctica.

—Sí, es para preocuparse, Dic.

—Oye: y qué me dices del fenómeno cósmico que estamos observando con respecto a la Luna?

—También eso lo hemos discutido los profesores Jansen, Browm y yo, y por ahora resulta un enigma impenetrable.

El grupo de hombres llegó a la cabina de mando de la base flotante. El almirante Licester, jefe de la base flotante, los esperaba a la puerta de su puesto de mando con una sonrisa de bienvenida en los labios. William saludó militarmente; el almirante Licester le tendió la mano.

—Capitán Kennedy, estoy encantado de volverle a ver.

Luego, se dirigió a los acompañantes de William.

—Profesor Jansen, profesor Browm, su nueva visita a la Base Flotante será todo lo cómoda que sea posible para ustedes.

—Gracias, almirante, ¿cómo se encuentra usted? —dijo Jansen.

—Perfectamente. No hay nada para un marino como sentir esta suave violencia bajo los pies.

El grupo de hombres se introdujo en el puesto de mando. Unos minutos después, tomaban asiento alrededor de una mesa y se les servía un whisky. Apenas habían empezado a beber, cuando un nuevo personaje se introdujo y sin guardar formalidad alguna.

—¡Querido Browm! —fue su saludo—. Veo que tu obesidad va en aumento.

—¡Hola, Caron! ; ¿cómo te va por aquí?

—No puedo quejarme, ya estoy hecho un perfecto marino.

Luego, el recién llegado se dirigió hacia el profesor Jansen y hacia William.

—¡Bienvenidos por aquí! ¿Cómo ha ido ese vuelo?

—Magnífico, profesor Caron; no hemos tenido ni el menor contratiempo —respondió Jansen—. ¿Cómo van las cosas para el «Proyecto Luna Amiga»?

—Todo está preparado para la nueva visita de inspección —dijo Caron.

—Entonces dentro de unos minutos descenderemos para ver el «Tritón Volador».

—Cuando usted quiera, profesor.

—Te supongo enterado de lo que está sucediendo a nuestro satélite, ¿no, Carón? —Intervino Browm.

—Me tiene altamente preocupado. Precisamente, estaba deseando hablar contigo para ver si podías explicarme algo.

—Me temo que tus deseos se vean completamente frustrados, querida Caron; estamos tan a oscuras como tu en este asunto.

—Me he pasado toda la noche sin dormir —continuó Caron— he hecho infinidad de anotaciones y de observaciones directas durante toda la noche sin poder llegar a conclusión alguna.

—¿Cómo está la situación en estos momentos? —preguntó Jansen.

—Me parece que la Luna va aumentando algo su velocidad.

—¿Cree que llegará a evadirse por completo de su órbita con respecto a la Tierra? —preguntó Browm.

—No sé —dijo Caron— aunque se observa este aumento de velocidad, no creo que dure mucho tiempo. Su separación de la tierra se hace a una velocidad un poco rara.

—Sí, eso he podido observar —confirmó Browm—. Las operaciones que he hecho indican que no es una aceleración perfecta.

—Precisamente, he sometida el problema a uno de nuestros cerebros electrónicos —continuó Caron y muestra una gran irregularidad la marcha de nuestro satélite; eso me hace concebir la esperanza de que quizá no tarde mucho en detenerse.

—Dios le oiga, profesor Caron —intervino William— porque aun siendo ya de por sí grave la situación, creo que todavía podría serlo mucho más si las circunstancias actuales no se modifican.

—Eso es, capitán Kennedy, quizá la separación total de nuestro satélite con respecto a la órbita alrededor de la tierra, pudiera acarrear fatales consecuencias para nuestro planeta.

—Indudablemente habría de suponer una modificación del orden gravitatorio establecido en todo nuestro sistema solar, cuyos efectos y consecuencias no son previsibles —dijo Jansen.

—Me da en la nariz —dijo el almirante Licester que sostenía una magnífica presencia de ánimo— que nuestro «Proyecto Luna Amiga» se ha venido al suelo estrepitosamente.

—Por el momento así es —intervino Jansen.

—Tal como teníamos concebida esta operación, resulta ahora impracticable; nuestro cohete apenas si podrá alcanzar la luna a quinientos mil metros de distancia.

—En realidad, tengo un gran disgusto —dijo el capitán Temple— me había hecho la ilusión de echarle una mirada de cerca a nuestra fiel compañera la Luna, y si desaparece por completo de nuestro cielo, dejaría un pequeño vacío en mi corazón.

Todos los allí presentes rieron la ironía del capitán Temple y se mostraron conformes en que sería una gran desilusión si el «Proyecto Luna Amiga» no podía llevarse a cabo.

—De cualquier modo que sea —dijo Jansen— nosotros proseguiremos nuestra actuación hasta que una orden del Gobierno nos Impida continuar nuestros trabajos.

—Sí, eso sí —dijo Browm—, hemos de disponerlo todo como si fuéramos a realizar ese viaje; quizá las mismas causas que han determinado el alejamiento de nuestro satélite, volverán a determinar su regreso.

—En ese sentido puedo comunicarle —dijo el almirante— que todo está dispuesto para la visita de ustedes tal como se había previsto.

—¿Entonces podemos visitar el aerocohete?

—Cuando ustedes gusten, caballeros.

Jansen miró a todos con una muda interrogación y todos se mostraron de acuerdo en realizar esta visita de inspección para la cual se habían trasladado a la Base flotante.

—Entonces estamos a sus órdenes, almirante —dijo Jansen.

Todos los allí reunidos se levantaron. A la llamada del almirante Licester se presentó el teniente Hurley

—Teniente: ¿están preparados los equipos de inmersión?

—Todo está a punto, señor.

—Entonces vamos a realizar las maniobras.

Todos los hombres salieron al exterior del puesto de mando y se encaminaron hacia la cabina destinada para ponerse los equipos de inmersión.

—Yo me quedaré al mando de la maniobra —dijo el almirante.

—Entonces hasta luego, almirante —dijo Jansen.

Aquel grupo de hombres siguió al teniente Hurley hasta llegar a la cabina destinada al menester que se proponían. En unos minutos los encargados de aquel servicio pusieron en orden los equipos que iban a colocarse los viajeros submarinos.

Se trataba de unos modernísimos equipos de inmersión constituidos fundamentalmente por dos piezas, el traje propiamente dicho y la escafandra; ésta era de materia transparente y estaba culminada por un pequeño pero potentísimo faro eléctrico. Cada uno de los equipos llevaba un pequeño aparato de control que se fijaba en la muñeca a manera de reloj.

William revisó personalmente cada uno de estos equipos. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza con gesto de satisfacción.

—Todo está en orden, creo que podemos hacer la inmersión.

Rápidamente, y ayudados cada uno de los hombres por tres auxiliares, se vistieron aquel modernísimo traje de ouzo y se encontraron dispuestos para la inmersión.

—¡Conecten los equipos de radio! —ordenó William que era quien habitualmente capitaneaba las inmersiones.

Todos fueron conectando los equipos de radio y dando Ja señal que indicaba su buen funcionamiento.

—¡Vamos!

William, Browm, Dic y Jansen, avanzaron pesadamente en una fantástica hilera de seres que parecían venidos de otro mundo. Cada uno de ellos iba ayudado por dos lazarillos del personal subalterno de la Base que procuraba facilitar sus movimientos.

Cuando salieron a la gran plataforma superficial de la Base flotante, se dirigieron con paso lento hacia el centro de la misma; una vez allí, se situaron sobre una sección circular previamente determinada. Ayudados por sus lazarillos, cada uno de ios hombres encajó sus pies en una especie de pequeñas argollas que había en el

suelo. Al mismo tiempo, se agarraban fuertemente con sus manos a una barandilla circular alrededor de la cual se habían distribuido

El encargado del servicio comprobó el afianzamiento de todos e hizo una significativa seña al capitán William.

—¡Preparados para la inmersión! —dijo éste a través de su equipo de radio.

Los cuatro hombres fueron contestando.

—Preparados.

Entonces, William dirigió una última mirada al encargado del servicio y dio una orden seca:

—¡Inmersión!

La sección circular de la plataforma sobre la que estaban nuestros amigos, comenzó a hundirse lentamente convertida en un extraño ascensor. Poco a poco fue sumergiéndose en el agua, arrastrando tras de sí a nuestros cuatro audaces viajeros.

Aquel extraño ascensor se deslizaba sobre dos raíles laterales que penetraban profundamente en el mar.

Habrían descendido unos treinta metros, cuando William ordenó:

—¡Enciendan la luz!

Inmediatamente, los focos situados en la escafandra rasgaron las incipientes tinieblas del mar ampliando el campo de visión.

—¡Presión 2’5! —comunicó William.

El ascensor siguió deslizándose hacia las profundidades del mar.

—¡Presión 3‘2! —volvió a comunicar William.

Todos los hombres regulaban sus instrumentos de presión según las comunicaciones hechas por el capitán Kennedy.

—¡Presión 4T!

El ascensor seguía su descenso mientras William consultaba el control que llevaba en su muñeca izquierda.

Los segundos fueron pasando hasta convertirse en minutos.

—Estamos a setecientos metros —volvió a comunicar William— pongan ya la presión universal.

Su orden fue obedecida por los tres acompañantes de William. El silencio era impresionante. Peces que aún no habían aprendido temer al hombre, se acercaban por curiosidad a ver a aquellos extraños habitantes que venían a perturbar su paz. La fauna marina fue haciéndose cada vez más densa, mientras aumentaba la rareza de sus caprichosas formas. A la fauna superficial tan conocida, habían sucedido una representación de extraños peces; algunos de ellos portadores de una extraña luminiscencia que las permitía iluminar la zona donde vegetaban o donde se dedicaban a la caza.

Cuando hubieron descendido más, empezaron a aparecer peces sin ojos y otras especies de forma achatada, aptos para soportar la tremenda presión de aquellas profundidades.

William volvió a comunicar con sus amigos.

—Nos encontramos a 1.100 metros. Pronto llegaremos a la posición del «Tritón Volador».

La conexión por radio de la Base Flotante, dio señales de actividad.

—¿Cómo van las cosas por ahí, capitán Kennedy?

William reconoció la voz del almirante Licester.

—Muy bien, almirante; todo va perfectamente.

—No deje usted, de comunicar cualquier incidente que les suceda

—Descuide usted, señor. Si ocurre alguna anormalidad la comunicaremos en seguida.

—Eso espero, capitán.

El ascensor seguía bajando hacia las profundidades abisales. Sólo la extraordinaria potencia de los faros situados en las escafandras hacía posible la visibilidad en aquella zona del mar adonde la luz del sol ya no podía penetrar Pasados unos minutos, William volvió a comunicar con sus acompañantes.

—Nos encontramos a 1.400 metros.

Todos miraron instintivamente hacia abajo, unos segundos después empezó a perfilarse la inmensa mole del «Tritón Volador».

—William, ya lo tenemos ahí —dijo el capitán Temple

—SI, ya estamos. Voy a ordenar que el ascensor aminore su marcha hasta situarse casi en la punta del «Tritón Volador»; luego, descendiendo por unos carriles en espiral, fue bajando lentamente mientras los cuatro hombres atisbaban con ojos agudos hasta la más mínima circunstancia de la parte exterior de aquel extraordinario ingenio.

El ascensor bajaba suavemente en espiral pegado a la superficie del «Tritón Volador». Los hombres podían encontrarse orgullosos de haber realizado aquel prodigio de ingeniería.

Fundamentalmente, se trataba de un aparato tipo cohete de linos 80 metros de largo por 20 de diámetro. La estructura del mismo se dividía sustancialmente en tres partes: proa en forma de cono puntiagudo constituido por una materia plástica transparente y cuya resistencia al calor no tenía rival entre los materiales existentes en la tierra.

Esta parte del aerocohete, estaba destinada para el pilotaje, luego venía el cuerpo central de unos 60 metros de largo donde se encerraban los motores autónomos y ia gran sala que regía todos los

instrumentos y motores y por último la popa se encontraba constituida por 10 metros de altura donde se encontraban los cohetes de lanzamiento para el despegue inicial.

El ascensor en el que iban los cuatro hombres, siguió su descenso hasta llegar a la cola del aerocohete A una orden de William, el ascensor se detuvo; luego comenzó a desandar su camino.

— ¿Todo en orden? —le oyó decir al almirante Licester.

—Sí, señor —contestó William— todo en la estructura exterior está en perfecto estado. Ahora vamos a dar una ojeada al interior.

—De acuerdo, capitán.

El ascensor fue ascendiendo por aquel tobogán hasta detenerse en un punto del cuerpo central del «Tritón Volador». William dirigió el haz de luz de su foco eléctrico hacia una parte de la superficie que tenía delante. Por tres veces apagó la luz y otras tantas veces la encendió. Lentamente comenzó a descorrerse una sección superficial de aquel cilindro a impulsos del motor que había sido accionado por las células fotoeléctricas heridas por el luminoso haz de William. Del interior del cohete y por la abertura que se iba agrandando, comenzó a salir una corriente de aire que evitaba la penetración del agua en el interior del mismo. Seguidamente, dos acerados raíles, fueron saliendo del interior como brazos que quisieran proteger aquel grupo de hombres audaces que se encontraban en aquella inmensa soledad a 1.600 metros debajo de la superficie del agua. Estos raíles, encajaron perfectamente en un tren transversal de la plataforma ascensor, y éste se deslizó suavemente hacia el interior del cohete. Unos segundos después se cerraba la escotilla por la que se había introducido.

—Bien —dijo William— la cosa está ya resuelta.

Pesadamente se desprendieron de aquella especie de ataduras en que tenían encajados los pies y pudieron moverse libremente. Se encontraban en la cámara de compresión. Una puertecita al fondo les dio acceso al ascensor para recorrer como una columna vertebral todo e! cohete desde la proa a popa.

—¡Vamos arriba! —ordenó William.

El capitán Temple apretó un botón y el ascensor salió disparado silenciosamente hada la parte alta de la estructura; unos segundos después desembocaba en la amplia sala de pilotaje del cohete.

CAPÍTULO IV

T

res horas después, el ascensor submarino subía a los cuatro aventureros. Durante este tiempo, habían podido comprobar el perfecto funcionamiento de todos los dispositivos del interior del cohete.

De nuevo se vieron reunidos con el almirante Licester, esta vez una excelente y bien servida comida daba ligazón a la conversación general que se desarrollaba entre todos.

—Es una verdadera lástima —decía en aquel momento William— el «Tritón Volador» se encuentra en perfectas condiciones para realizar su despegue.

—No hay más remedio que renunciar al proyecto —dijo Jansen con voz amarga— en realidad a él correspondía la parte más sustancial del mismo y habían sido muchos años de desvelos y preocupaciones, lo que ahora se esfumaba en un segundo por un puro azar.

La conversación se deslizaba sin embargo amena y ligera como si en aquellos momentos todos los hombres hubieran aflojado la tremenda tensión nerviosa que habían padecido durante las últimas horas. Fue casi a los postres cuando uno de los hombres encargado del servicio de comunicaciones se introdujo con cierta precipitación en el comedor.

—¿Qué sucede, teniente? —preguntó el almirante

—Señor, hay una noticia de importancia que hemos captado por radio; he creído que debía dársela a conocer.

—¿Y qué es ello?

—La radio acaba de anunciar que un cometa ha sido detectado en el espacio.

Todos los hombres allí presentes se pusieron en pie

—¿Cuál es la dirección que sigue? —preguntó Browm.

—Según el informe de la radio su órbita coincide con nuestro planeta.

—Ahí tenemos la solución de nuestro problema—dijo Jansen—. Ese es el cometa que ha motivado la desviación de la Luna de su órbita tradicional alrededor de la tierra.

—¿Qué más ha dicho el parte? —preguntó William.

—Nada más; sin embargo, el locutor ha dicho que se dará un parte

cada media hora sobre la situación de dicho cometa.

—Querido Caron —intervino Browm—, tal vez pudiéramos hacer alguna observación interesante desde el observatorio de esta Base.

—Si, todo está dispuesto para ello —dijo Caron— aunque quizá no estemos en la posición adecuada para poder hacer observaciones directas.

—¿Ha dicho la radio algo respecto a esto?

—Si, ha dado la posición del cometa; he tomado una nota que tengo en el despacho.

—Vaya usted rápidamente por ella y tráigala al observatorio.

El teniente salió para cumplir lo ordenado, mientras los demás hombres allí reunidos se dirigían con paso nervioso hacia el observatorio. Unos segundos después, se encontraban en el pequeño pero bien dotado observatorio de la base flotante; luego, el teniente alargó un papel al profesor Caron, éste leyó las cifras allí escritas.

—Sí, afortunadamente nos encontramos en la posición precisa para poder hacer una observación directa de ese cometa

Rápidamente se puso en marcha el telescopio electrónico; el profesor Caron, y el profesor Browm intentaron en distintas ocasiones encontrar el objetivo según lo coordenado por lo que les había sido entregado por el teniente.

—No, no tenemos suerte, Caron, no hay forma de localizar al cometa.

—Evidentemente se encuentra todavía muy lejos —respondió Browm—; tal vez el espectrómetro de masas nos de una idea aproximada de ese incorpóreo visitante.

—¿Puede determinar la velocidad del cometa? —preguntó William.

—Un momento, capitán —dijo Browm.

Hizo algunas observaciones y se lanzó a una serie de rápidas operaciones matemáticas.

—Si, se dirige hacia nosotros según una línea elíptica de velocidad aproximada de 180.000 km. por minuto.

—¿A qué distancia se encuentra de la Tierra ese cometa? —preguntó el almirante Licester.

—Aproximadamente a unos diez millones de km. — contestó Caron.

—¿Y viene en dirección a nosotros?, quiero decir: ¿Hay posibilidad de que choque con la tierra?

—Si no modifica su trayectoria es seguro el choque —dijo el profesor Browm.

Durante varios minutos, Browm y Carón, eficazmente ayudados por Jansen, estuvieron haciendo observaciones que se traducían en complicadas operaciones matemáticas.

—Entonces esto quizá no suponga solamente el final del «Proyecto Luna Amiga» —dijo William— sino quizá un final mucho más trágico y general.

—Así es, capitán —contestó Browm —; de no modificarse las circunstancias actuales, ese cometa vendrá a entrar en colisión con la tierra dentro de unos cuarenta días aproximadamente.

Las palabras del profesor Browm llenaron de consternación a todos los allí reunidos. Fue el almirante Licester el que encontró una salida para aquel momento de angustia.

—Bueno, cuánto lo siento; no voy a poder disfrutar ni un solo día de mi retiro, dentro de dos años me licenciarán con el sueldo íntegro, ¡es una lástima! ¿no les parece?

La presencia de ánimo de aquel hombre, fundió un nuevo aliento a todos los allí presentes y se deshizo la atmósfera de angustia que pesaba sobre ellos.

Ya iban a salir del observatorio cuando William que había fijado por azar la mirada en la pantalla telescópica, llamó la atención del profesor Browm.

—¡Profesor Browm! ¡Mire, mire! ¿No hay algo extraño?

Browm y Caron se precipitaron a observar aquello que parecía extraño a William.

—¿Qué son esos puntos que se mueven en la pantalla?

—Esto es sorprendente de verdad —dijo Caron— indudablemente se trata de cuerpos celestes que se dirigen hacia la tierra, es más que se encuentran muy próximos a la misma.

—Eso es —dijo Browm—; debe tratarse de pequeños cuerpos. La referencia de la masa nos la da la cuadrícula de la pantalla.

En efecto, en la gran pantalla telescopio se veía como una docena de pequeños puntos que se deslizaban en sentido curvilíneo. Desde el centro de la misma hacia uno de los ángulos inferiores.

—¡Demonio de situación! —no pudo menos que exclamar el profesor Browm—. Nos están atropellando los acontecimientos de tal modo que no hay manera de sacar la menor luz de todas estas cosas.

—Observa, Browm —dijo Caron—, fíjate en la trayectoria de esos cuerpos.

Browm hizo la observación pedida por Caron y se dio una palmada en la frente.

—¡Caramba! Parece que se dirigen hacia aquí.

—¿Cómo dice usted, profesor? —preguntó sobresaltado el almirante.

—Que esos cuerpos celestes se dirigen hacia aquí —repitió Browm.

—Entonces he de ordenar zafarrancho de combate —dijo el almirante.

—¡Bueno!, no se precipite —intervino Caron— en astronomía ese hacia aquí puede suponer una diferencia de mil km. con respecto al lugar en que nos encontramos.

El almirante respiró aliviado.

—Están sucediendo tales cosas, que por un momento creía que se trataba de algún ataque a la Base de mi mando.

Aquel pequeño grupo de diminutos puntos aparecidos en la pantalla, fue aproximándose hacia el ángulo inferior de la misma y, con asombro de los espectadores, iniciaron un cambio de dirección y desaparecieron por la parte superior del cuadro.

Los hombres allí reunidos hicieron un variado comentario sobre la situación, y por último se dispusieron a reintegrarse a sus puestos mientras se preparaba el despegue del avión que había conducido a los viajeros, para dos horas más tarde.

CAPÍTULO V

L

os días fueron pasando. Ni un solo rincón de la Tierra escapó a la preocupación que produjo la aparición del cometa que ponía tan en peligro la existencia del planeta. Cualquier otra noticia había sido relegada a un segundo término y todos los periódicos de los Estados Unidos, como asimismo los del resto de las naciones, informaban en primera plana sobre la evolución de los acontecimiento?.

En algunos pueblos, una histeria colectiva había desembocado en desórdenes cuando no en graves incidentes. Oíros, por el contrario, habían decidido tomar las cosas más serenamente y constituían ligas de ciudadanos para apoyar a las autoridades en su misión de mantener el orden y evitar el desconcierto. De todos modos, en el ánimo de todos pesaba la situación y quien más, quien menos se preparaba para lo peor.

El cometa a quien todos habían decidido en llamar «Intruso», podía percibirse ya a simple vista en el firmamento. A pesar de la gran distancia a que se encontraba de la tierra, el centelleo de los rayos del sol que se reflejaban en él, lo hacía mostrarse de manera amenazadora. Al parecer, se trataba de un cometa la especiales características; ni parecía estar constituido por materia incandescente ni era acompañado por los demás signos externos que suelen acompañar a estos ni la larga estela detrás, ni las masas gaseosas precediéndole. Casi todos los astrónomos de la Tierra habían dado su opinión respecto a éste; pero una opinión difería de otra tan diametralmente que difícilmente podía considerarse como acertada ninguna de ellas. Lo cierto era que el cometa seguía acercándose a su fantástica velocidad y que cada día aparecía más nítidamente en el horizonte suscitando el desaliento cuando no la desesperación entre la inmensa mayoría de los seres que poblaban la Tierra.

En aquellos momentos, William se dirigía hacia su departamento del hotel; acababa de asistir a una reunión con los demás hombres del «Proyecto Luna Amiga» y había decidido dejar su coche unas manzanas más allá, al objeto de poder confundirse con la gente y dar un pequeño paseo hasta el hotel.

Era imposible escuchar otro comentario que no fuera el que se refería al cometa «Intruso». Los había de todos los gustos y de todos los estilos. William pensaba que el hablar de ello era una manera de dominar la tensión nerviosa que se producía en todos os habitantes de

la Tierra. El mismo estaba profundamente preocupado, sabía aceptar con resignación las dificultades que la fatalidad pudiera ponerle en el camino sin embargo, no le resultaba grato lo que sucedía; !a magnitud del desastre era tal, que llenaba su corazón de tristeza. Realmente, era terrible que un suceso cósmico viniera a dar al traste con tantos millones de años de dura lucha del hombre con la naturaleza.

Era algo que se rebelaba en lo más íntimo del corazón del capitán de la Marina de los Estados Unidos. William Kennedy.

A veces quería consolarse de esta idea, atribuyendo esta próxima desdicha a los muchos pecados que había cometido el hombre; quizá el ser humano no era digno de seguir su existencia; quizá la sangrienta huella de su paso por la Tierra, contra los designios de Dios, había promovido aquel tremendo castigo. Tal vez no había una solución posible, sólo era posible resignarse.

Entró al hotel y se dirigió hacia uno de los ascensores que le condujo rápidamente hacia la planta donde se encontraba su piso. Recordaba no haberlo cerrado anteriormente, por ello no intentó siquiera poner la llave. Hizo girar el pomo de la puerta y se introdujo en su casa.

Un sexto sentido, ese sentido que tienen casi todos los hombres acostumbrados a la lucha, le hizo detenerse en el umbral de la misma; con gesto rápido dirigió su mano hacia uno de los conmutadores de la luz e inundó con ésta la habitación. En ei pequeño hall de la serie de habitaciones que tenía en el hotel vio sentado a un hombre.

—¿Puedo saber qué es lo que hace usted aquí?

—Usted perdone —dijo el desconocido—. ¿Es usted el capitán William Kennedy, no es así?

—Y usted ¿quién es?

—Permítame que me presente: me llamo Donald Werchester, soy agente del F. B. I.

Mientras decía esto, el desconocido alargó su documentación a William.

—No está en mi ánimo discutir los procedimientos que emplea el F. B. I. —contestó William fríamente — pero me parece que no es la manera más apropiada de presentarle

—Ha de disculparme usted, capitán Kennedy; pero se me han dado instrucciones lar. severas con respecta a usted que no he tenido más remedio que proceder así. En realidad, subí creyendo que se encontraba en sus departamentos, no había nadie, giré el pomo de la puerta y vi que estaba abierta, entonces decidí esperarle aquí dentro.

—Bien —dijo William— si usted cree que ha hecho lo que mejor debía hacer estamos de acuerdo. ¿Quiere tomar una copa?

William, mientras decía esto, se dirigió hacia el pequeño bar y sirvió dos vasos de whisky, uno de los cuales alargó a aquel individuo. Los dos hombres bebieron en silencio.

—¿Y qué se le ofrece? —dijo William mientras tomaba asiento e indicaba con un gesto a su visitante que hiciera lo mismo.

—La cosa es muy sencilla, capitán, he recibido instrucciones de vigilarle estrechísimamente. No puedo perderle de vista ni un instante

—¿Y a qué obedece eso?

—En realidad sé poco del asunto, ya sabe usted, recibimos instrucciones y las cumplimos; pero parece ser que en Washington se tiene un gran interés en que a usted no le suceda nada. Eso es todo lo que puedo decirle.

William meditó unos segundos. Aunque le parecía exageradas las medidas, comprendió que en parte estaban justificadas.

—Sí, tal vez sea debido al ataque que sufrí la otra noche.

—No lo sé realmente, capitán, sólo sé que tengo órdenes de vigilarlo estrechísimamente al objeto de impedir que le suceda a usted cualquier cosa.

—Pues si es así no tendremos más remedio que conformarnos usted y yo —dijo William con una sonrisa—. Y bien, ¿cuál es el plan de usted para vigilarme?

—He tomado la habitación de al lado. He hablado con el gerente del hotel y ha desalojado al huésped que allí había, al objeto de proporcionármela a mí.

—Siempre se está más seguro así, aunque me parece innecesaria toda la molestia que se toma el F. B. I.

—De todas formas, capitán, yo estoy aquí al lado cualquier cosa, cualquier sospecha que usted tuviera, no tiene más que dar una voz y en seguida estoy aquí

El nombre se dirigió hacia la puerta que comunicaba el dormitorio de William con el suyo propio.

—¿Ve usted, capitán?, se puede abrir con facilidad. Creo lo más conveniente que usted no eche el cerrojo, pues de lo contrario, quizá cuando yo pudiera introducirme en su habitación sería ya demasiado tarde.

—Está bien, es una serie de inconvenientes que tendré que soportar con paciencia. Podría usted decirle a su jefe en el F. B. I. que soy muy capaz de cuidarme por mí mismo; pero en fin, todo esto son tonterías —rectificó rápidamente William— a usted le han encargado una misión y yo no tengo por qué hacerle difícil el cumplimiento de la misma.

—Muchas gracias, capitán Kennedy; me alegra extraordinariamente que sea usted tan comprensivo, esto me hará mucho más fácil mi trabajo.

Los dos hombres volvieron a tomar otro trago de whisky. El agente del F. B. I. se despidió de William introduciéndose en su dormitorio a través de la puerta que comunicaba con el de éste

—Que descanse usted, capitán Kennedy, ¿tendría la bondad de avisarme mañana cuando vaya a salir?

—Sí, descuide, lo haré así.

La puerta se cerró y William quedó de nuevo a solas con sus pensamientos. El día había sido muy movido y decidió acostarse rápidamente. Con paso decidido se fue hacia el cuarto de baño y unos minutos después estaba dándose un baño tibio que le ayudó a templar sus nervios. Se puso un pijama limpio, cuya frescura le Cenó de optimismo y se dirigió hacia la cama. Ya iba a introducirse en ella, cuando vio algo que le sorprendió Asomando debajo de la almohada se veían las poderosas patas de un cangrejo.

—¡Demonios! —dijo William al mismo tiempo que se levantaba; luego cogió la almohada y la levantó; en efecto, debajo había un cangrejo de tamaño más que regular, casi mediría unos quince centímetros el diámetro de su caparazón, sus tenadas eran largas y poderosas. William se quedó asombrado viendo aquella magnífica pieza; lo que más le desconcertó fue el color azul pálido del mismo

—¿Pero… esto qué es? —dijo William en voz alta— ¿Cómo demonios pudo haber venido aquí este cangrejo?

Por un momento alargó la mano para cogerlo pero el animal se removió dando pruebas evidentes de que estaba vivo. William pensó que un buen bocado bien podía hacerle el daño suficiente como para no ser llamado despreciable; echó una ojeada por la habitación para ver de qué se servía y por fin decidió utilizar las pinzas que le servían para sacar el hielo del cubo y ponerlo en el vaso de whisky; con gran cuidado eligió el lugar donde iba a coger a su presa y le atenazó por una de sus pinzas, el crustáceo se removió desesperadamente; pero William lo tenía bien cogido. Por un momento estuvo tentado de salir y llamar al encargado de la planta para enseñarle aquel absurdo en su habitación; luego, lo pensó mejor. Decididamente no había visto jamás un cangrejo de aquel color e incluso si se fijaba mucho se atrevería a decir que difería en algunos aspectos de los cangrejos que él conocía.

—¡Vive el cielo que debe ser de una extraña especie! —dijo en voz alta.

El cangrejo se debatía entre las pinzas.

—Bien, amiguito, bien, no te preocupes. Si estabas dispuesto a

perturbarme el sueño justo es que yo te lo perturbe a ti.

Por fin se decidió y fue al cuarto de baño. Llenando un jarro de agua metió dentro al cangrejo; luego tapó la boca del jarro de forma que no pudiera escaparse el crustáceo y se dirigió de nuevo a la cama. Decididamente era un extraño ejemplar y estaba dispuesto a mostrárselo al profesor Jansen; asimismo pensó en pedir explicaciones a la dirección del hotel de cuya cocina se había escapado tal vez este extraño animal; por último, se metió en la cama y unos minutos después dormía profundamente.

CAPÍTULO VI

No se hubiera dormido William tan plácidamente si hubiera podido observar las extrañas maniobras del agente del F. B. I.

Apenas este hombre hubo traspuesto la puerta que le separaba del dormitorio de William, cuando silenciosa pero rápidamente sacó una pequeña caja negra de uno de los bolsillos de su chaqueta y la abrió. Con todo sigilo extrajo el contenido de la caja y se arrodilló junto a la puerta de comunicación del dormitorio de William. Evidentemente aquel hombre trataba de espiar a William. En efecto, lo que había extraído de la caja era un simplificado pero magnífico equipo radiofónico portátil; en síntesis estaba constituido per un cordón, uno de cuyos extremos se bifurcaba en dos, en la parte más gruesa del mismo había instalado un pequeño aparato metálico no más grande que un garbanzo; con sumo cuidado colocó este adminículo en la cerradura de la puerta de comunicación, luego los otros dos extremos del cordón, rematados convenientemente por una pequeña esfera de apariencia cristalina, fueron introducidos en sus oídos. Desde aquel momento, aquel hombre podía oír perfectamente todo ruido por pequeño que fuera que se produjese en la habitación de William.

Pacientemente permaneció a la escucha mientras éste resolvía su cuestión con el cangrejo y se acostaba.

Así pasaron dos horas, a través del hilo conductor de aquel aparato llegaba hasta los oídos de aquel hombre la acompasada respiración de William, que había quedado profundamente dormido; entonces desconectó el aparato de la cerradura y se levantó silenciosamente. Sus zapatos provistos de una suela de materia blanda no podían hacer el menor ruido al rozar con el suelo; echó mano a uno de sus bolsillos y sacó un delgado hilo confeccionado por unas finísimas algas y que no tendría un grosor mayor que el de cualquier hilo de seda, pero que era sin embargo, muchísimo más resistente; luego hizo girar con cuidado el pomo de la puerta que separaba las dos habitaciones y se introdujo en la de William. Durante unos segundos permaneció agudizando el oído, William dormía profundamente como lo indicaba el acompasado ritmo de su respiración. Con infinito cuidado se arrimó a la cama. Aquel hombre se movía como una sombra; sus ojos, habituados ya a la oscuridad, podían percibir claramente la confusa silueta de William, cuya cabeza reposaba plácidamente sobre la almohada; el hombre se detuvo unos segundos, luego, afianzando bien el cordón entre sus manos, con gesto rápido lo pasó alrededor del

cuello de William; éste, sobresaltado por aquello, se despertó y lanzó una confusa imprecación; pero ya aquel hombre había conseguido rodear el cuello de William con aquel cordón y empezaba a apretar con todas sus fuerzas. William no tuvo apenas tiempo de percatarse de lo que sucedía, sintió que el cordón penetraba profundamente en el cuello y le impedía respirar. Desesperadamente llevó sus manos al cuello para desasirse de aquella atadura mortal pero era inútil, el finísimo cordón había penetrado lo suficiente en la piel del cuello para que no fuera posible cogerlo.

William se debatía inútilmente, luego llevó sus manos hacia las de su agresor pero éste en posición privilegiada podía ejercer mucha más fuerza que William. Poco a poco empezó a sentir que la sangre se le agolpaba en las sienes en latigazos largos y profundos. Tuvo apenas una rápida idea de que aquello era el fin. Los pulmones difícilmente podían soportar aquella presión y sentía que se le nublaba la vista. Intentó un nuevo esfuerzo pero igualmente inútil, entonces empezó a aflojar las manos que tenía puestas sobre las de su contrario; las fuerzas se le escapaban segundo a segundo y con ellas sr. le escapaba la vida. En la confusión de su cerebro, una idea se perfilaba claramente: le quedaban pocos segundos de vida, ya nada podía hacer. Todas sus fuerzas le habían abandonado y su contrincante seguía despiadadamente apretando el fatídico lazo que había hecho sobre su cuello; de pronto la cegadora luz de la habitación hirió las retinas de William, un agudo silbido surgió de uno de los extremos de la habitación, el hombre que apretaba el lazo alrededor del cuello de William lanzó un sordo rugido y rápidamente comenzó a aflojar la presión que ejercía sobre éste; unos segundos después se desplomaba en el suelo mientras William aspiraba desesperadamente las primeras bocanadas de aire. Al entrarle el oxígeno en los pulmones estuvo a punto de desvanecerse, la sangre se lanzó a una circulación vertiginosa y William sintió que todo le daba vueltas; cerró los ojos y siguió respirando fatigosamente, devolviendo a su sangre la oxigenación necesaria. Durante unos segundos continuó con los ojos cerrados, luego sintió que una mano de finísimos dedos le acariciaba suavemente la frente; por último, estos dedos abrieron sus ojos y pudo ver el confuso rostro de una mujer inclinado sobre él.

La mujer desapareció de su vista durante unos segundos y poco después volvió para aplicarle sobre la frente y la cara unos paños mojados con agua iría. William fue recuperándose lentamente; por fin pudo abrir los ojos y ver las cosas con más claridad.

—¿Qué demonios es lo que ha sucedido? —preguntó.

—Nada; ha tenido usted, una visita poco amistosa.

Una exclamación se escapó de los labios de William

—¡Pero… ¿es usted… usted..!

—Sí, soy yo, claro —dijo la mujer sonriendo.

—Usted es la mujer de la otra noche.

—Efectivamente, ante él se encontraba la mujer con la cual había vivido la terrible aventura en las calles de Nueva York.

—No creía usted que volveríamos a vernos tan pronto —dijo la muchacha.

—Realmente estoy sorprendido de lo que me ha sucedido y de verla a usted de nuevo.

—Pues en esta ocasión puede usted darme gracias, unos segundos más tarde y ya hubiera sido imposible hacer nada por usted.

—Así lo pienso —dijo William que empezaba a encontrarse bien.

Con gesto lento se incorporó y saltó de la cama; rápidamente se dirigió hacia un sillón donde estaba su batín y se lo puso.

—¿Puede usted explicarme algo de todo lo sucedido?

—¿Usted cree que debo explicarle algo? —dijo la muchacha

—No pretenderá usted —continuó William —que pueda pasar este suceso sin encontrar la más mínima luz sobre ello.

—Bien, todo se andará —dije ella—. ¿Conocía usted a ese hombre?

—No; cuando vine lo encontré en mi habitación; dijo que era un agente del F. B. I. que venía para protegerme y que había tomado la habitación de al lado. Eso fue todo.

—Capitán William Kennedy —dijo la muchacha con tono solemne — debe servirle esto de advertencia; tiene usted que reforzar su propia vigilancia. Desde ahora está usted condenado a muerte

—¡Pero bueno, qué tonterías me dice!

—¿Usted lo considera tonterías? La prueba la ha tenido usted hace unos minutos.

—Sí; se tratará de algún loco, algún asesino con las facultades mentales perturbadas.

—Usted recuerde lo que yo le digo: cuídese, capitán Kennedy.

—Tal vez tenga usted razón; procuraré tener más cuidado; pero le suplico que no me haga sufrir por más tiempo; tiene usted que explicarnos una serie de cosas importantes.

—Todo llegará a su tiempo; ahora es preciso que usted tome las medidas necesarias para que el accidente este no vuelva a suceder.

—Bien; de acuerdo. Telefonearé a la policía.

William se dirigió hacia el teléfono para ponerse en comunicación con la Jefatura de Policía.

—Espere un momento —dijo la muchacha— esto le puede hacer

después.

—Bien; lo haré luego —dijo William que se encontraba cada vez más interesado por aquella mujer.

—Antes quiero que me diga usted una cosa —dijo la muchacha—. ¿No ha encontrado usted nada anormal en su habitación?

—No, nada... bueno... en realidad sí. Un hallazgo

verdaderamente inesperado, en la cama donde iba 2 acostarme.

—¿De qué se trata? —dijo la muchacha interesada.

—Verá usted —William se dirigió en dos zancadas hacia el cuarto de baño donde tenía aprisionado el cangrejo.

La muchacha le lanzó una rápida ojeada.

—Sí; está claro: es un cangrejo sakchent.

—¿Cómo dice usted?

—Sí: un cangrejo sakchent —repitió la muchacha— Ha tenido usted una gran suerte; la más leve picadura de ese cangrejo le hubiera producido la muerte en pocos segundos.

—Eso que usted dice es increíble; no conozco ningún cangrejo cuya picadura tenga efectos mortales como usted manifiesta.

—Por si acaso no se ponga usted en contacto con sus pinzas —dijo la muchacha— quizá lo mejor sería matarlo.

William quedó vacilante con el jarro en la mano

—No; este cangrejo tengo que enseñárselo al profesor Jansen. Me parece de una especie rarísima; quizá él pueda darme una referencia concreta de qué clase de cangrejo es.

La muchacha quedó con los ojos sumidos en el vacío unos segundos como si en el fondo del pensamiento estuviera tramando algo; de pronto, con gesto rápido que sorprendió a William sacó de su bolsillo una pequeña arma y disparó sin apuntar apenas. Un agudo silbido se dejó oír y el jarro que tenía William en la mano cayó al suelo hecho añicos; éste miró con asombro a la mujer y luego dirigió sus ojos al suelo donde el tenebroso cangrejo permanecía atravesado por un pequeño y acerado arponcillo.

—Veo que es usted una mujer decidida y es difícil oponerse a sus pretensiones.

—Era mejor así, capitán Kennedy; usted no cree en mis palabras y quizá una imprudencia le hubiera llevado a ser mordido por ese cangrejo. Tenga usted la seguridad de que es como le he dicho; hubiera vivido usted tan sólo unos segundos.

—Está bien; comprenderá usted que la situación es demasiado rara para poderla soportar tranquilamente. Tiene usted que darme algunas explicaciones.

—Sí; estoy dispuesta a ello; pero también tengo que dar algunas explicaciones a su Gobierno. ¿Le parece que vayamos a la Jefatura de Policía?

—Es una idea excelente. Si me permite usted me vestiré en unos minutos y saldremos juntos.

—De acuerdo. Le espero en la habitación de al lado.

La muchacha salió y cerró la puerta suavemente.

William se despojó de su batín y su pijama y con gesto nervioso se fue vistiendo; por fin se pasó rápidamente un peine por el enmarañado pelo y salió hacia la habitación donde se encontraba la muchacha. Nuevamente hubo de sorprenderse; allí no había nadie. Miró en todas las direcciones y se percató de que era él el único habitante de aquella habitación. Pensó que tal vez la muchacha le esperaría en el pasillo. Rápidamente abrió la puerta y se asomó al exterior; tampoco encontró allí a la mujer. Con paso rápido se dirigió al ascensor y vio que estaba descendiendo. Indudablemente la mujer había pretendido burlarlo de nuevo. Desde el teléfono de su habitación se puso en contacto con la dirección del hotel y dio las señas de la muchacha para que le impidieran la salida. Todo el personal del hotel, bajo la dirección del detective del mismo se lanzó a la búsqueda de aquella extraña y misteriosa mujer; pero después de más de dos horas de incesante rebuscar, hubieron de comunicarle a William que había sido imposible dar con ella; luego, y de acuerdo con el detective del hotel, se puso en comunicación con la Jefatura de Policía para dar cuenta de los últimos acontecimientos y que vinieran unos agentes a hacerse cargo del cadáver que yacía a los pies de su cama.

CAPITULO VII

D

urante los días que siguieron a estos acontecimientos, el nerviosismo provocado por la situación fue subiendo de grado, hasta tal punto que los Gobiernos de todos los países de la tierra apenas si contaban con medios suficientes para poder contener a las multitudes que, alocadas, se lanzaban a las más disparatadas formas de vivir, prisioneras de su terror. En algunos sitios el orden fue trastornado hasta el punto de convertirse en una absoluta anarquía; en otros, la policía y el ejército había conseguido llevar la serenidad y presencia de ánimo al común de todos los ciudadanos; pero en general, todo el mundo había abandonado sus trabajos y quien más quien menos se lanzaba a una histérica y absurda forma de vivir.

Afortunadamente, aquella situación llegó a su fin Un grupo de sabios de entre los más importantes de la tierra, pudo dar un comunicado conjunto que llevó la calma y serenidad a los sobresaltados corazones de los terrestres.

Al parecer, aquel visitante celeste era en realidad un planeta de tipo parecido al de la Tierra. Su fatídica marcha se había detenido a unos 400.000 km. de nuestro planeta y, según los cálculos más exigentes, la situación permanecería estacionaria indefinidamente.

La Luna se había convertido en un solitario y lejano habitante celeste situado a más de dos millones de kilómetros de distancia de nuestro planeta.

Por fortuna, la situación parecía ser ya definitiva en cuanto a la posibilidad de colisión entre la Tierra y el planeta «Intruso».

En aquellos momentos, Jansen, Browm, Caron y Temple, estaban reunidos en sesión plenaria del Estado Mayor del «Proyecto Luna Amiga».

Era Jansen quien tenía la palabra, como Presidente de aquel organismo.

—La situación ha sido ya estudiada ampliamente por el profesor Browm y el doctor Caron —dijo Jansen en aquel momento—. Nuestro proyecto de hacer al primer viaje a la Luna ha tenido que ser modificado, pero no sustancialmente. El Gobierno Federal me ha enviado instrucciones para que sigamos adelante con el mismo, con la sola diferencia de que esta vez el objetivo será el planeta «Intruso». Espero, señores contar con la colaboración de ustedes de la manera como lo han hecho hasta la actualidad.

Todos los nombres allí reunidos asintieron entusiasmados ante la proposición del doctor Jansen.

—Entonces —dijo éste— es preciso que acabemos de una vez los preparativos para el viaje. Capitán Kennedy: usted como responsable de la estructura mecánica del «Tritón Volador» ¿puede informarnos en cuánto tiempo estará dispuesto para la partida?

Kennedy miró a todos los allí reunidos y con voz pausada dio una explicación general de la situación en que se encontraba el «Tritón Volador», que podía resumirse en pocas palabras: el aerocohete estaría en disposición de emprender el vuelo en el plazo de 48 horas como máximo.

El profesor Browm tomó la palabra.

—¿Ya ha fijado el Gobierno Federal fecha determinada para intentar el despegue?

—No —contestó Jansen— sólo me ha rogado que se haga cuanto antes; en realidad la situación requiere que demos una ojeada a ese misterioso planeta a a la mayor brevedad posible.

—Entonces dependerá de nosotros fijar la fecha —dijo Caron.

—Así es.

—Pues no veo inconveniente en que se fije dentro de un par de días —terció Browm—. Si el aerocohete está dispuesto como ha dicho el capitán Kennedy, creo que lo mejor es que partamos cuanto antes.

—Bien —dijo Jansen— ese es el propósito. De todos modos, no creo que podamos partir antes de seis o siete siete días. Hay que tener en cuenta que tenemos que aprovisionar de combustible al «Tritón Volador» y, asimismo, hay que reunir la tripulación que, aunque se encuentra en su campo de entrenamiento, tendrá que ser trasladada a !a Base Flotante, y será conveniente darles un par de días de permiso para despedirse de sus familiares.

—Sí; creo que es lo mejor —intervino el capitán Temple— dos días son muy poco; ahora bien, dentro de una semana sería el tiempo ideal para despegar.

Los hombres se pusieron rápidamente de acuerdo sobre estos pormenores y pasaren a discutir hasta los más insignificantes detalles para la puesta en marcha del «Proyecto Luna Amiga».

Durante varias horas se dedicaron a esta fatigosísima tarea. Las medidas de seguridad adoptadas por aquel grupo de hombres habían supuesto el mayor esfuerzo realizado hasta entonces por parte de la policía de los Estados Unidos.

Aunque en la apariencia nada anormal sucedía, una complicada red de vigilancia se había establecido alrededor de todos aquellos nombres y del local donde se encontraban reunidos. Sin embargo,

grande hubiera sido la sorpresa de todos los que se habían tomado el trabajo en nacer impenetrable la reunión de aquellos hombres, si hubieran podido observar ciertas cosas. En efecto; a muchos kilómetros de allí, sobrevolando la atmósfera de la Tierra, unos seres, interesados en cuanto pudieran nacer o decir aquellos hombres, los tenían ante sus ojos merced a una serie de maravillosos instrumentos.

Se trataba de la mujer que tan providencialmente había aparecida en la vida del capitán William Kennedy.

En aquellos momentos estaba sentada frente a una pantalla luminosa de regulares proporciones, mientras a su lado un hombre se encargaba de los mandos de la extraña nave aérea en la que viajaban.

—¡Qué sorpresa se nevarían —dijo la mujer a su acompañante— si supieran que los estamos televisando perfectamente.

—¿No crees que tendrían motivos más que sobrados para sorprenderse? —sonrió el hombre.

—¿Y qué te parece su aspecto, Vinko?

El hombre volvió a fijar una vez más su mirada en la pantalla donde se reproducía la escena de la reunión del Estado Mayor del «Proyecto Luna Amiga».

—Tienen cara de ser buena gente —dijo el hombre.

—De los dos que están vestidos de marino —continuó la mujer— el más moreno es el capitán Kennedy.

—¡Ah! Ese es tu acompañante nocturno —respondió el hombre con una sonrisa irónica.

—El mismo —dijo la muchacha con una mirada pensativa en sus ojos.

—Parece ser un hombre valeroso.

—Sí; es un hombre que tiene los nervios templados. ¿Y qué crees, Vinko, les será fácil alcanzar a Atomón

—Por las cosas que les hemos oído en la reunión creo que sí. Ese «Tritón Volador» que parece ser han preparado para este viaje, es un ingenio bastante bien conseguido; claro que son hombres que todavía tienen mucho que aprender en el terreno de la navegación sideral, puesto que parece ser es el primer viaje que va a hacerse de esta especie; sin embargo, yo creo, por lo que hemos oído, que podrán alcanzar Atomón.

—¿Y no crees, Vinko, que hubiera sido mejor que nuestro Gobierno se hubiera puesto en contacto con estos hombres?

—Ya sabes que esto se discutió ampliamente; pero no es posible. Los terrestres están divididos todavía en clanes o grupos, cada uno de los cuales está gobernado por un Gobierno distinto. Aunque

actualmente conviven todos en paz, no podemos afirmar todavía el que su naturaleza haya cambiado lo suficiente como para haber desterrado la ambición de su corazón, tratar de ponerlos a todos de acuerdo, para hacer un trato de conjunto, hubiera sido dificilísimo. Ten en cuenta que hace apenas una veintena de años todavía se agredían ferozmente destruyéndose en guerras homicidas.

—Sí, ya conozco el problema —dijo la muchacha

—Se encuentran en un estado de civilización muy imperfecto —continuó el hombre— en ciertos aspectos son como los hombres Sakchent, aunque no están tan avanzados científicamente como éstos últimos.

—¿Y tú crees que los hombres Sakchent intentarán impedir el paso del «Tritón Volador».

—No creo —dijo Vinko—; están interesadísimos en saber cuáles son las posibilidades de los pueblos de la Tierra Lo que sí es probable es que intenten la captura del «Tritón Volador» una vez se halle en la superficie de Atomón.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó la muchacha.

—Nada o por lo menos muy poca cosa. No tenemos instrucciones sobre ello; nuestra misión es simplemente informarnos sobre lo que va a suceder.

—Sí, pero creo que debemos de protegerles de alguna manera.

—Quizá se nos den instrucciones en este sentido más adelante; pero ahora lo más importante es que no pase nada a la vida de ninguno de estos seres. ¿Cómo está la vigilancia?

—Todo está en orden, hermano Vinko. Cinco hombres vigilan a cada uno de estos seres; pero parece ser que los hombres de Sakchent tienen mucho interés en eliminar al capitán Kennedy. Ya te he contado la aventura de la otra noche en que mi intervención fue completamente providencial.

—Si, hermana, ya sé que eres una celosa cumplidora de tu deber —dijo dando una cierta entonación burlona a sus palabras.

—¿Qué quieres decir, Vinko?

—Nada más que eso. ¿Por qué te sorprende?

Los dos hermanes se miraron y rompieron en una alegre carcajada.

—¡Diablos de hombre! —dije la muchacha—. ¿Es que no voy a tener secretos para ti?

CAPITULO VIII

La noticia conmovió al mundo entero. El Gobierno de los Estados Unidos había dado un comunicado, anunciando a las gentes la próxima operación que iba a realizarse para intentar alcanzar el planeta «Intruso».

Periodistas y sabios de todos los países habían intentado acudir al momento del despegue del «Tritón Volador», pero el Gobierno había decidido reducir el número de observadores, al objeto de que la gran afluencia de público no pudiera perjudicar el despegue del aparato. Aun así, la base flotante en el Pacífico se encontraba atestada por el grupo de periodistas seleccionados y sabios de todos los países invitados para este momento.

Caron Jansen, el almirante Licester y todos los que de una manera más o menos directa intervenían en esta operación se encontraban asediados a preguntas por los periodistas. El almirante Licester había dado órdenes estrictas con respecto a la manera de comportarse los invitados, pero aun así era casi imposible establecer un orden.

Los expedicionarios tenían que responder, al mismo tiempo, a las preguntas varias de los periodistas interesados en comunicar a su público hasta las menores

circunstancias o detalles de la operación y de los hombres que iban a realizarla y al mismo tiempo dar una serie de datos científicos a los hombres de ciencia interesados en el asunto. En aquel momento William era el centro de la atención de un grupo de expertos.

—Capitán Kennedy —decía en estos momentos el profesor Giovani Venetto—. ¿No hay manera de que podamos echar una ojeada al «Tritón Volador»?

—Profesor Venetto, siento decirle que eso es imposible—. Como ya les he dicho antes se encuentra a mil seiscientos metros debajo de la superficie del agua. No disponemos de equipos suficientes para hacer el descenso, al objeto de darle una ojeada al aparato. Como usted comprenderá la enorme presión que hay que soportar a esas profundidades nos ha obligado a la invención de modernísimos y especiales equipos de inmersión que nos permiten llegar hasta el «Tritón Volador» sin menoscabo alguno. Estos equipos han sido de costosísima y difícil producción y no disponemos de una reserva de ellos.

—¿Y dice —preguntó otro de los allí presentes— que se hará la salida a mil seiscientos metros bajo el nivel de la superficie del agua?

—Así es.

—Y ¿a qué se debe el que ustedes hayan determinado las cosas así? —preguntó un australiano.

—La cosa tiene su fundamento —dijo William— El «Tritón Volador» necesita una velocidad de salida inicial tremenda para que podamos en el primer salto escapar a la gravitación terrestre. Esto nos ha obligado a dotar al «Tritón Volador» de un equipo de propulsión a cohetes, cuya potencia supone la velocidad necesaria.

—Entonces —preguntó su interlocutor—. Si ya han conseguido ustedes eso ¿para qué hacer el despegue desde las profundidades submarinas?

—La razón es muy sencilla. No hemos podido conseguir una aceleración gradual. Una vez se ponga en marcha el equipo de propulsión dará toda su potencia en el intervalo de dos quintos de segundo. Los pilotos del «Tritón Volador» no podrían resistir la terrible velocidad del aparato. Una momentánea aceleración supondría con seguridad la muerte de los tripulantes. Entonces, nuestra idea fue situar la base de lanzamiento bajo el nivel del mar, al objeto de que la resistencia que opone el agua al ascenso del «Tritón Volador» aminore su velocidad, de forma que los tripulantes de! aparato sufran una aceleración más gradual; según nuestros cálculos, cuando lleguemos a la superficie el terrible salto del «Tritón Volador» ya no será de carácter mortal para los tripulantes, que habrán ido habituándose más gradualmente a esta velocidad.

—Hubiera dado veinte años de mi vida —dijo el francés Viniera— por haber podido ver ese magnífico aparato en las profundidades submarinas.

—Sentimos no haber podido dar más detalles del proyecto —intervino el profesor Jansen— pero razones que son obvias para ustedes obligaron a guardar ese secreto. Hubiera sido imposible trabajar si nuestro proyecto hubiera llegado al conocimiento general de los terrestres.

—Está comprendido —dijo otro de los allí reunidos

—Sin embargo —dijo el profesor Jansen— antes de que abandonen ustedes la base flotante, recibirán por escrito una abundante información en la que con todo detalle les explicaremos nuestra idea al realizar este viaje y las distintas fases porque ha atravesado; así mismo se les dará una descripción exacta y detallada de lo que es el «Tritón Volador».

Los periodistas que habían sido hábilmente distraídos por los hombres del almirante Licester, conduciéndolos a los distintos sitios de la base flotante, contentaron a sentar su atención en aquel grupo y como un enjambre se lanzaron sobre William, Jansen y los demás para

asaetarlos con sus preguntas. Durante veinte minutos fue casi imposible entenderse en aquella barahúnda en la que cada uno preguntaba una cosa diferente, con el propósito de dar a su periódico una información original del gran acontecimiento. Por último, el almirante Licester hizo sonar las poderosas sirenas de la base y el silencio se hizo en aquella multitud.

El almirante Licester habló por el equipo de amplificación.

—Señores: se aproxima el momento de despegue del «Tritón Volador». Como Jefe de esta base flotante ordeno, pues, que se atengan a las instrucciones que se les dio en un principio. Apártense de la proximidad de los viajeros interplanetarios.

Inmediatamente y en silencio todos los allí reunido? fueron apartándose hacia el lugar de la plataforma que se les había designado da antemano para ver el despegue. Se trataba de una extensa zona alrededor del lugar en que se encontraba el ascensor que descendía hasta el «Tritón Volador».

William, Jansen, Temple, Browm y los demás hombres de la tripulación, hasta el número de 20, se dirigieron con paso rápido y nervioso hacia las cabinas donde tenían que colocarse los trajes de inmersión. Unos minutos después aparecieron ante las miradas expectantes de los allí reunidos

Ayudado cada uno por dos hombres fueron a situarse en el ascensor, mientras las cámaras se iban disparando sin cesar, tomando instantáneas ce este acontecimiento, indudablemente el más sensacional de la historia de la humanidad.

Jansen, Temple y ocho hombres más fueron los primeros en descender en el ascensor. Cuando comenzó a hundirse la plataforma-ascensor se despidieron de la multitud sonriendo a través de sus transparentes escafandras y un gesto de despedida de sus manos. Los minutos fueron pasando angustiosamente para todos. Por fin, llegó la señal: habían llegado al «Tritón Volador» Carón, desde la cabina de mandos del ascensor, situada en la superficie, maniobró los instrumentos y a las profundidades submarinas llegó la señal de que todo iba bien. El ascensor comenzó a introducirse en la cámara de compresión.

Unos minutos más tarde, Carón volvía a maniobrar y el ascensor emprendía su regreso para hacerse cargo del resto de los hombres que tenían que hacer aquel extraordinario viaje.

William, Browm y los demás hombres de la tripulación, ocuparon sus puestos en la plataforma ascensor. Rápidamente los encargados de esta operación sujetaron sus pies en las presas puestas para esto y preguntaron con una mirada a William, al objeto de ordenar el descenso. En este momento Caron salió de la cabina de mandos y se

dirigió hacia aquel grupo de hombres. Browm dentro de su armadura ladeó un poco el cuerpo para dar frente a su amigo. Evidentemente Caron se encontraba profundamente emocionado.

—Querido Browm —dijo, y no pudo continuar.

El profesor Browm abrió sus brazos y los dos hombres se fundieron en abrazo de amistad y camaradería.

—Ten ánimo, querido Caron —dijo Browm, que había puesto en marcha su aparato emisor de radio.

Me hubiera ido con vosotros con mucho gusto —replicó Caron.

—Ya lo sé, viejo amigo, ya lo sé; pero sabes que depende de ti el despegue del cohete. Conserva la serenidad y llévale a buen destino.

Los dos hombres se separaron y luego Caron se dirigió hacia William.

—Capitán William, buen viaje. Espero que pronto nos volveremos a ver.

—Así es —dijo William con una sonrisa.

Luego, el profesor Caron se reintegró a su cabina de mandos, accionó sus aparatos y el ascensor comenzó a descender.

William lanzó una mirado, a la multitud que con gesto de emocionado interés seguía aquella fabulosa maniobra. Por último lanzó una mirada circular sobre la extensión de la base flotante que tenía ante sus ojos. Ya iba a apartar la vista de aquel lugar, su última residencia sobre la superficie terrestre, cuando el corazón le dio un salto. Creía haber visto algo que en realidad le parecía inconcebible. El ascensor iba descendiendo y ya apenas si se veían los hombros y la cabeza de los viajeros. Miró con atención hacia el sitio donde le había parecido ver esa cosa extraordinaria y la confirmación más asombrosa vino en seguida. En efecto, al amparo de la estructura de la base flotante, precisamente apoyada en los tabiques exteriores del puesto de mando vio el rostro de la mujer que en dos ocasiones tan misteriosamente se había cruzado en su vida. La gran emoción de todos los allí presentes, cuyos ojos no se apartaban ni un segundo de aquella plataforma que llevaba a los terrestres hacia los abismos del mar para realizar una operación, la más grandiosa de la historia de la humanidad, les impedía percatarse de la asombrosa presencia de la muchacha.

William la miró con ojos desorbitados por el asombro. Se mostraba con gesto tranquilo, apoyándose sobre una de las paredes exteriores del puesto de mando. Su cuerpo estaba cubierto por un extraño pero al parecer magnífico equipo de hombre-rana, del cual iban cayendo numerosas gotas de agua al suelo, indicando claramente cuál había sido el camino seguido por aquella mujer para llegar subrepticiamente

a la base flotante. William hubiera dado cualquier cosa por poder hablar con aquella mujer, por desvelar aquel misterio de que se encontraba rodeada su existencia, pero ya el ascensor le llevaba inexorablemente hacia las profundidades del mar y sólo tuvo tiempo de lanzar una postrer mirada, a la que fue correspondido con una deliciosa sonrisa y un amistoso gesto de la mano en señal de despedida. Un segundo después William y los hombres que con él iban en el ascensor, desaparecían de la vista de todos los allí reunidos.

A través dt los altavoces se oían distintas comunicaciones establecidas entre Caron y William. Por fin llegó, en el silencio más absoluto, la señal de que se encontraban ya en la posición adecuada para introducirse en el «Tritón Volador». Carón hizo la señal correspondiente y unos segundos después daban la noticia de que todos se encontraban dentro del aparato y dispuestos para emprender el vuelo.

—¡Atención! — dijo Carón, por el altavoz—. Preparados para la maniobra.

Desde las profundidades del mar y a través del altavoz de radio re oyó la voz del capitán Kennedy.

—Estamos listos para la maniobra.

Entonces, el almirante Licester dirigió unas últimas palabras a todos los allí reunidos.

Ahora es preciso que nadie se mueva de su sitio. Nos encontramos en el momento más peligroso del despegue.

Todos comprendieron la importancia de lo que decía el almirante Licester y permanecieron quietos en sus puestos sin atreverse a cruzar la palabra entre sí.

—Desconecto el ascensor —dijo Caron.

—De acuerdo —contestó el capitán Kennedy, desde el micrófono de su puesto de mando.

Luego, dirigiéndose a sus hombres, ordenó:

—Navegaremos con rumbo Este-Noreste, velocidad quince nudos por hora.

El encargado de la sala de máquinas obedeció al pie de la letra las instrucciones del capitán y la base flotante comenzó a navegar, dejando el sitio en que había permanecido hasta entonces.

Los minutos fueron pasando y cada vez fue alargándose más la distancia entre la base flotante y el sitio en que quedaba el «Tritón Volador». Por último Caron comunicó con el almirante.

—Posición prevista, almirante.

—¡Alto las máquinas!

La plataforma lentamente fue frenando su marcha hasta quedar en completa inmovilidad, solamente balanceada por el suave oleaje del mar.

Caron volvió a dirigirse por radio a los tripulantes del «Tritón Volador».

—Conecten ignición primera.

—De acuerdo —contestó la voz de William.

Los segundos fueron pasando ante el asombro de todos los asistentes

—Conecten ignición segunda.

—De acuerdo —volvió a responder William.

Nuevamente Caron dejó pasar unos segundos.

En la superficie del mar, a la altura en que debía encontrarse el «Tritón Volador», comenzó a aparecer un burbujeo que se convirtió rápidamente en un hervir constante de una extensa zona de la superficie.

—Preparados para la última ignición —dijo Caron, en cuya voz se notaba un pequeño timbre de emoción.

—Preparados para despegar —contestó William.

Caron apretó con su dedo pulgar un botón pintada de rojo. Aquel tremendo burbujear de la superficie marina subió de punto hasta un extremo incalculable. Todos observaban la operación mirando como hipnotizados hacia aquel lugar del océano. Los segundos fueron pasando y, de pronto, en medio de unos montones de espuma y emergiendo como un genio poderoso de las profundidades marinas, salió disparada hacia la atmósfera la maravillosa estructura del «Tritón Volador».

Un tremendo silbido producido por la ignición de los cohetes ahogó el rugido de admiración y de asombro que se produjo en la base flotante. El «Tritón Volador» ascendió vertiginosamente como una flecha alada y, pocos segundos después, era apenas un punto en la inmensidad del espacio. Recobrados de su asombro todos los hombres que se encontraban en la base flotante prorrumpieron en un gran griterío con el que despedían a aquellos valerosos viajeros del espacio.

La muchacha que había asistido sin invitación a la maniobra no perdió ni un solo detalle de la misma. Sus ojos siguieron la trayectoria del «Tritón Volador» hasta que éste se hizo casi invisible debido a la gran distancia que había alcanzado. La sacó de su abstracción la voz de un hombre.

—¡Caramba! ¿Qué es esto?

La muchacha vio que dos periodistas estaban frente a ella con ojos

atónitos.

—Tal vez aquí tengamos una información completamente original. Díganos, señorita: ¿qué hace aquí?

Aquella mujer no perdió su presencia de ánimo. Sonrió deliciosamente y dijo con voz armoniosa.

—Pertenezco al equipo de hombres-rana encargados de la limpieza de los fondos de la base flotante.

—¿Puede usted darnos algunos detalles de eso?

—dijeron los periodistas que vieron una maravillosa ocasión de conseguir una información original y exclusiva.

—Tengo mucho gusto en ello —dijo la muchacha— Se trata de una labor interesantísima que realizamos por procedimientos especiales.

—Somos todo oídos —animaron los periodistas, mientras tomaban rápidas notas taquigráficas.

—En realidad, creo que ustedes debían hablar con el jefe de nuestro equipo.

—¿Dónde se encuentra?

—En estos momentos está debajo de la plataforma flotante. Si ustedes me lo permiten voy a llamarle. Estoy segura de que le encantará hacer una información del asunto; es una persona para la cual será una delicia salir en la primera plana de los periódicos —terminó la muchacha con una encantadora sonrisa.

Luego, con gesto pausado se dirigió hacia el borde de la plataforma y con un bonito salto se lanzó hacia el agua, donde se sumergió rápidamente.

Una hora después, los periodistas, cansados de esperar, llenaban de confusión a Caron, cuando le hablaban del famoso equipo de hombres-rana, encargados de la limpieza de la base.

Mientras tanto, la muchacha se introducía en un pequeño y extraño submarino que le estaba esperando.

CAPITULO IX

La tripulación del «Tritón Volador» se encontraba en aquellos momentos sumida en los minuciosos quehaceres que aquel extraordinario vuelo suponía. Todo había salido según los cálculos previstos y no había habido que lamentar el menor incidente.

—¿Qué velocidad llevamos, William? —preguntó Jansen.

—En estos momentos estamos llegando al límite de nuestra velocidad: treinta y dos mil kilómetros por hora.

—De acuerdo, Creo que podemos poner ya en marcha los motores independientes.

—Me parece bien —dijo William.

Luego, ordenó por el servicio interior de comunicación:

—Corten la ignición de los cohetes. Motores autónomos en marcha.

El «Tritón Volador» siguió volando sin ningún incidente durante varias horas. Browm, Jansen, William y Temple no tenían un segundo de reposo, al igual que los demás hombres de la tripulación. Temple controlaba sin cesar el funcionamiento del cohete aéreo, como responsable que era del servicio de máquinas. William ordenaba todos los aspectos previstos de antemano, mientras Jansen y Browm se dedicaban a

hacer las complicadas operaciones que suponía aquel vuelo, auxiliados por dos pequeños cerebros electrónicos.

Parecía que todo iba a producirse con la más absoluta normalidad, cuando desde la cabina de observación llegó una comunicación a William.

—Capitán Kennedy, se observan unos cuerpos extraños en la posición Sureste de nuestro aparato.

—¿Cómo dice? —no pudo menos que preguntar extrañado William —. ¿Se pueden determinar cuáles son sus características?

—Se encuentran todavía muy lejos —dijo el observador.

William pidió la conexión con su pequeña pantalla telescópica y unos segundos después veía con Browm y Jansen los cuerpos señalados por el observador. Por entonces, en la pantalla telescópica no eran más que media docena de puntos.

—Es sorprendente —dijo Jansen—. ¿Qué demonios puede ser eso?

—Quizá se trate de algunos aerolitos —contestó Browm.

—Fíjese, profesor Browm —dijo William que miraba atentamente —. Para tratarse de unos aerolitos navegando al azar por el espacio llevan una formación demasiado perfecta.

En efecto, aquellos seis puntos avanzaban, conservando entre sí una distancia perfectamente regular.

—Es cierto —dijo Browm—. Que me suspendan en primer curso de geografía astronómica si eso pueden ser unos aerolitos.

—Quizá durante unos segundos pudieron haber coincidido en esa posición —terció Jansen— pero tanto tiempo conservando las mismas distancias es realmente imposible.

Los tres hombres observaban atentamente, mientras se lanzaban a una serie de conjeturas sobre aquello. Pasado algún tiempo, los puntitos fueron adquiriendo una forma precisa en la pantalla telescópica

—Pronto —dijo Jansen— pasemos la imagen al amplificador.

Una sencilla conexión y la imagen de la pantalla telescópica fue proyectada sobre una gran pantalla de unos doce por seis metros de tamaño. La amplificación despejó la incógnita para aquellos hombres. Aquellos cuerpos eran, en realidad, ingenios voladores. Aproximadamente venían a tener la forma de un platillo volante.

—Es la mayor sorpresa que puedo llevarme en mi vida —dijo Browm—. Indudablemente son ingenios construido por seres racionales.

—Pero nosotros no tenemos ningún aparato capaz de esto —dijo William—. En estos momentos estamos volando a una distancia de la superficie de la Tierra que nadie, excepto nosotros, había soñado alcanzar.

—La cosa está clara —dijo Jansen, cuya mirada se veía con una sombra de preocupación—. Son aparatos de vuelo de los habitantes del planeta «Intruso» No cabe otra explicación.

La idea de Jansen llenó de asombro a sus dos compañeros.

—Es cierto —dijo William—. Sólo eso explicaría satisfactoriamente la extraordinaria existencia de esos platillos voladores.

—Era una circunstancia en la que no habíamos pensado nunca — indicó Browm—. Realmente, los terrestres romos unos vanidosos incorregibles. Creer que éramos los únicos habitantes de esta maravillosa e inmensa arquitectura que es el Universo es tener una vanidad casi del mismo tamaño que el susodicho Universo.

—Pues parece que se dirigen hacia aquí —dijo William.

—Sí, William. Eso es lo que estoy observando —apuntó Browm,

mientras intentaba calcular la posible trayectoria de estos aparatos.

—Dios quiera —observó Jansen— que traigan pacíficas intenciones.

—Quién iba a suponer que habíamos de encontrarnos con un planeta habitado —repuso William.

—Nuestro «Tritón Volador» fue concebido para hacer el viaje, pero no para luchar. No disponemos ni de la más ligera arma con que hacer frente a estos seres. si es que se muestran hostiles.

—Esto tal vez corte en flor nuestro viaje —intervino Browm.

Aquellos extraños aparatos iban acortando la distancia que les separaba del «Tritón Volador».

—Podemos desviar nuestra trayectoria —sugirió Browm.

—De nada serviría, profesor. Por lo que puedo observar disponen de una mayor velocidad que nosotros Si realmente traen intenciones pacíficas no tenemos por qué apartamos de nuestro camino. Si por el contrario son hostiles tampoco nos serviría de nada hacerlo.

—Tiene razón, William. Podemos esperar a ver qué es lo que sucede.

Los aparatos se encontraban a una distancia ya relativamente próxima. De pronto, evolucionaron hasta ponerse en fila india y el aparato que encabezaba el grupo salió vertiginosamente en dirección al «Tritón Volador», a cosa de unos 30 kilómetros de distancia, hizo accionar alguna de sus armas y un poderoso resplandor se produjo en la parte trasera del aéreo-cohete; afortunadamente en una parte que no era de vital importancia.

—¡Nos están atacando! —dijo el profesor Browm— Y ¿qué hacemos ahora?

William maniobró rápidamente con los mandos y desvió la trayectoria del «Tritón Volador», al objeto de no ser blanco de los aparatos que seguían el picado del primero.

Aquella maniobra desconcertó un poco a sus enemigos que al verse burlados tuvieron que rectificar para enfocar nuevamente con sus armas al «Tritón Volador».

—Ahora van a atacarnos por la cola —dijo Jansen, que no veía ninguna posibilidad de salvación.

En efecto; la pantalla telescópica reflejaba, poco después, a William y a sus amigos, cómo aquel grupo de aparatos volvía a iniciar el orden de combate. Esta vez atacando al «Tritón Volador» por la cola.

William intentó desesperadamente zafarse de nuevo al aéreo-cohete, conduciéndolo en un terrible vuelo de zig-zags, al objeto de

evitar que aquellos extraños aparatos, que tan hostilmente se habían mostrado, pudieran hacer blanco en él.

—Es inútil —dijo Browm—. No haremos más que alargar un poco la situación, pero son muchos y más veloces que nosotros y pueden perfectamente buscar la posición más conveniente para destruirnos.

Nuevamente aquel sexteto de aparatos se dirigía vertiginosamente en dirección al «Tritón Volador».

Ya se encontraban a una distancia aproximada a la primera, desde la cual habían hecho su primer disparo, cuando de pronto Browm, Jansen y William vieron con asombro que los seis aparatos se convertían en un cegador destello y poco después habían desaparecido totalmente del espacio

—¿Qué es eso?

—No sé, profesor Browm; pero me da en la nariz

que ya no tendremos que ocuparnos mucho de esos señores.

—No comprendo qué puede haberles sucedido —dijo Jansen.

—Tal vez les funcionaba algo mal y se han desintegrado en una tremenda explosión —contestó William.

En efecto, ya no se veía ni el más ligero rastro de aquellos aparatos. William dirigió la pantalla telescópica en todas direcciones, al objeto de ver si descubría nuevos ingenios de aquel tipo que pudieran suponer otro peligro para el «Tritón Volador»; pero la inmensidad del espacio se encontraba completamente vacía. Los aparatos de registro y control no indicaban la presencia de ningún cuerpo que pudiera ser identificado como un posible adversario.

—Queridos William y Browm: podemos decir que un ángel providencial vela sobre nosotros.

—Así es, profesor Jansen; sólo una intervención providencial ha podido librarnos del gran peligro que hemos atravesado.

El «Tritón Volador» continuó su marcha sin que ningún nuevo incidente volviera a perturbarlo. Una hora después se encontraba a veinte mil kilómetros del planeta «Intruso» que se mostraba espléndido bajo la luz del sol que lo bañaba.

A todos invadía la más grande emoción ante la proximidad del aterrizaje en aquel nuevo planeta. William sin embargo sentía su pensamiento atraído hacia aquella misteriosa mujer que tan inopinadamente había aparecido en la plataforma flotante en el momento en que se preparaba el despegue del «Tritón Volador». ¿Habría sido también ella quien tan providencialmente había intervenido cuando eran atacados por los platillos volantes? William no tenía ningún motivo para pensarlo así. No habían podido ver ningún otro aparato en el cual poder localizar a sus posibles

defensores. £in embargo, las extrañas apariciones de esta mujer la habían aureolado a los ojos de William de unas facultades fantásticas, y en cierto modo estaba acostumbrado a pensar que aun lo más absurdo e imposible era posible para aquella mujer. Recordaba la graciosa sonrisa con que le había despedido en el momento en que él se dirigía hacia las profundidades del mar para ocupar su puesto en el «Tritón Volador». No sólo era una mujer misteriosa; era también una hermosa mujer. Sus ojos de un azul profundo y el perfecto dibujo de sus labios habían quedado grabados nítidamente en la mente de William como el mejor regalo de despedida de aquel planeta, la Tierra, sobre el cual no sabía si volvería a poner sus pies.

CAPITULO X

El «Tritón Volador» siguió su camino sin nuevos contratiempos. En aquel instante la superficie del extraño planeta era visible a simple vista y la emoción se mezclaba al asombro en los audaces tripulantes de la nave sideral.

—Tendremos que buscar un mejor sitio para el aterrizaje.

—Así es, profesor Browm —contestó William— parece ser que nos encontramos sobre un gran océano.

—Creo que lo mejor —intervino Jansen— será continuar el vuelo en línea recta hasta que encontremos algunas tierras. Indudablemente nos encontramos en un planeta habitado; prueba de ello son los extraños aparatos que nos han atacado y que de tan misteriosa forma se han fundido en el espacio.

—¿Qué dimensiones viene a tener este planeta? —preguntó William.

Browm que hacía rato estaba haciendo una serie de complicadas operaciones contestó:

—Es algo más pequeño que la Tierra; tiene unos 4.600 km. de diámetro. En cuanto a la atmósfera que lo envuelve es algo más ligera que la nuestra pero perfectamente respirable.

—Entonces no tendremos que emplear nuestros equipos de oxigenación autónoma.

—No. Precisamente acabo de analizar una muestra de esta atmósfera y el resultado me ha convencido de que no va a ser necesaria la utilización de los equipes.

William había puesto los timones del «Tritón Volador» en la posición necesaria para seguir una dirección que diera la vuelta al planeta «Intruso». Una vez hecho esto accionó el piloto automático y se dedicó a mirar atentamente a través de las paredes transparentes de la cabina. De vez en cuando ayudaba a Jansen y Browm en los cálculos que éstos realizaban para obtener el mayor conocimiento posible del planeta antes del aterrizaje.

En poco más de media hora, la gran velocidad del «Tritón Volador» les permitió dar una vuelta completa alrededor de aquel planeta, sin que consiguiera avistar ninguna tierra.

—Indudablemente hemos elegido la peor dirección —dijo Jansen — probablemente la tierra de este planeta se encuentra a derecha e

izquierda de este gran océano que rodea la superficie.

—Creo lo mejor —dijo William— que realicemos ahora nuestro viaje siguiendo una dirección transversal a la que hemos seguido.

—Es lo mejor —dijo Browm— creo además que debemos elevarnos unos ocho mil metros más al objeto de abarcar una extensa superficie, así no se nos escapará ningún vestigio de tierra que pueda haber en nuestro camino.

William volvió a regular el piloto automático mientras Browm y Jansen disponían los instrumentos auxiliares para poder examinar con detalle la inmensa superficie que se presentaba a sus ojos.

El «Tritón Volador» aminoró un poco su marcha y luego continuó monótonamente su camino. Los minutos fueron pasando sin que ningún accidente geográfico rompiera la monotonía de aquel inmenso océano, que al parecer cubría la mayor parte del planeta. A los 45 minutos de vuelo en la nueva dirección, los asombrados viajeros volvían al punto de partida.

William, Jansen y Browm se miraron durante unos segundos en silencio.

—¡Por Júpiter Olímpico! —estalló Browm—. Parece ser que este planeta no tiene tierras emergidas de este proceloso mar.

—Es algo que no llego a comprender —dijo Jansen— no es sorprendente que el planeta esté recubierto totalmente de agua, pues es una probabilidad que se da con relativa frecuencia en el espacio; lo que no consigo comprender es de dónde han salido los platillos volantes que nos atacaron

—Eso es lo más asombroso de la situación, profesor Jansen, ¿cree usted que pueden haber salido esos aparatos de otro planeta?

—Amigo William: no me atrevo a decirle que sea así; hay que tener en cuenta que la presencia del planeta «Intruso» es un accidente casi milagroso. Nuestro sistema solar se encuentra tan alejado de cualquier posible mundo habitado, que está por encima de las posibilidades humanas el posible traslado de uno de estos mundos a las proximidades de nuestro planeta.

—Por otra parte —terció Browm— los propios planetas de nuestro sistema solar han sido profundamente estudiados por nuestros modernos aparatos astronómicos y no parece que en ninguno de ellos exista la vida, al menos una vida racional.

—En fin —dijo William— creo que lo mejor será amerizar sobre ese mar y al menos podremos estudiar de cerca las condiciones que se dan en la superficie de este planeta.

—Sí, es preciso que hagamos eso —dijo Jansen— tal vez nuestro viaje no tendrá el resultado que apetecemos y quizá nos tengamos que

conformar con un somero examen de este planeta inhabitable; más de cualquier modo que sea hemos de reunir la mayor cantidad posible de datos sobre la estructura, composición y características principales de éste.

William desconectó el piloto automático y tomó los mandos del «Tritón Volador»; lentamente comenzó a descender el aparato hasta situarse a unos mil metros de altura. William hizo girar el aparato en un amplio círculo, al objeto de determinar el sitio de amerizaje Al parecer no existía dificultad alguna en hacerlo; la superficie del mar se encontraba en absoluta calma. Una suave presión sobre la palanca que accionaba el timón y el «Tritón Volador» descendía suavemente mientras iba perdiendo velocidad; luego entró en contacto con el agua y hendió la bruñida superficie del mar, deslizándose suavemente a lo largo de unos cinco kilómetros. Unos minutos después y tomadas las medidas necesarias, se abría una escotilla superior y los audaces hombres que mandaban el equipo del «Tritón Volador» salían al exterior.

Ni el más mínimo accidente venía a perturbar la monótona uniformidad de aquel mar. Tan sólo la blanca estela de espuma dejada detrás del «Tritón Volador» rompía suavemente aquella monotonía.

— ¡En mi vida he sentido una sensación semejante de soledad —dijo Browm.

—Yo pienso con cierto deleite en las apreturas del metro de Nueva York.

—Estoy de acuerdo con usted, William —dijo Jansen— mucho nos hemos quejado del exceso de aglomeración en las grandes ciudades mundiales; pero en estos momentos daría cualquier cosa por sentirme aprisionado, empujado por la multitud a la salida de un espectáculo o en algunos de esos restaurantes de la Tierra, donde hay que ganar cada centímetro cuadrado a fuerza de codazos.

William dirigió su mirada alrededor. La visión era clarísima pues aquel hemisferie del planeta estaba bañado en aquellos momentos por la luz del Sol.

—Bien; vamos a nuestro trabajo —dijo Jansen.

Durante varias horas los tres hombres, auxiliados por el resto de la tripulación, se dedicaron a recoger dates sobre aquel extraño planeta.

Se encontraba William recogiendo agua a distintas profundidades de la misma merced a una sonda mecánica, cuando le pareció que llegaba a sus oídos un extraño ruido. Levantó la cabeza y escuchó atento

—¿Qué le sucede, William?

—¿No oye usted nada, profesor Jansen?

—No entiendo qué quiere decirme.

—Preste atención: es un ruido lejano. .

Browm había abandonado sus tareas y miraba con ojos interrogantes a los dos hombres; de pronto llegó hasta ellos claramente un confuso rumor.

—Sí; diría que se oye algo —confirmó Browm.

—Es algo así como el ruido producido por un rebaño de elefantes —apuntó Jansen.

En efecto; de la lejanía venía cada vez más claro y distinto un extraño rumor muy parecido al confuso griterío de los animales de la selva. William se introdujo por unos segundos en la cabina y volvió con unos poderosísimos prismáticos; procuró orientarse por el oído y dirigió los prismáticos hacia la parte Norte de la posición que ocupaban. Un grito se escapó de los labios de William.

—¡Vienen hacia aquí!

—Que vienen hacia aquí ¿quién?

—No puede precisarlo, profesor Browm; pero parece ser que se trata de un grupo de animales marinos.

Los tres hombres se turnaron en el empleo de los prismáticos y llegaron a la conclusión de que, efectivamente, era un gran banco de animales marinos los que se aproximaban hacia allí a gran velocidad Debía tratarse de muchos miles de éstos; cada vez se oía más distinto aquella especie de bramidos infernales que emitían aquellos animales en su tumultuosa marcha hacia la posición ocupada por nuestros amigos.

—Es un sonido parecido al que emiten algunos peces polares en nuestro planeta —dijo Jansen— sólo que miles de veces más poderosos.

—Al menos esto nos demuestra que en el planeta existe vida; tal vez estas especies marinas no son más que una muestra de una más amplia variedad.

—Es preciso que intentemos coger alguno de esos peces —dijo Jansen—, sería altamente provechoso que pudiéramos estudiar su composición, forma, etc.

—El caso es que va a resultar muy difícil, profesor. Como usted sabe el «Tritón Volador» estaba proyectado para hacer un viaje a la Luna, en donde nos constaba que no había ni el más leve vestigio de agua; no disponemos por ello de elementos necesarios para intentar una pesca provechosa.

—Ya lo sé, capitán; de cualquier modo que sea intentaremos atrapar alguno de esos seres acuáticos.

El griterío ensordecedor se había aproximado hasta el punto de que apenas podían escucharse las palabras que proferían aquellos hombres.

—Al parecer se trata de peces de gran tamaño —dijo Browm que seguía observando con los prismáticos.

—¿Serán ballenas? —preguntó William.

—No; aunque su tamaño es dos o tres veces más grande que las mayores de las ballenas de la Tierra, su estructura es algo distinta. Su cuerpo se parece más a un tiburón que al de una ballena, sólo que mucho mayor.

En aquellos momentos, Jansen dio un grito.

—¡¡Miren, miren!! Aquí tenemos al primero de nuestros visitantes.

Efectivamente, precediendo unos dos kilómetros al resto de la manada iba uno de aquellos cetáceos.

—Quizá se trata del jefe —dijo William.

—Sí; tal vez es el jefe o guía de la manada. Entre los peces de la Tierra sucede a veces algo parecido.

El enorme cetáceo se encontraba a unos trescientos metros de distancia. En pocos segundos llegó a las proximidades del «Tritón Volador». Nadando poderosamente alcanzó a darle la vuelta a aquel extraño artefacto, como atraído por una profunda curiosidad.

Los tres hombres miraban con irresistible atracción aquel enorme pez cuya potencia, envergadura y líneas lo mostraban como una perfecta obra de la creación

—¡Es maravilloso!, ¡es maravilloso! —dijo Jansen.

—No hay nada en la Tierra que se le parezca —dijo Browm—. Sin duda es el rey de los mares.

De pronto dejó de dar vueltas alrededor del «Tritón Volador» y enfrentó su puntiagudo hocico hacia éste.

—Ahora nos está mirando de frente —dijo William— está profundamente asombrado por nuestra presencia.

—Indudablemente siente una gran curiosidad por nosotros.

De pronto el extraño cetáceo se arrancó a toda velocidad en dirección al «Tritón Volador»; la distancia fue acortándose por momentos.

—¡Se dirige hacia nosotros! —dijo Jansen embelesado en la visión de aquella criatura.

—¡Cuidado!, —gritó William. ¡Va a atacarnos!

El cetáceo había acelerado al máximo su marcha y cuando se encontraba a seis u ocho metros del «Tritón Volador» viró en ángulo de noventa grados y levantando su poderosa cola golpeó el aparato

terrestre con inmensa violencia.

El «Tritón Volador», a pesar de sus ochenta metros de estructura, fue sacudido aparatosamente y levantado en el aire para caer de nuevo al agua treinta metros más allá de donde se encontraba primitivamente. Un verdadero milagro impidió que los tres hombres cayeran al mar. La voz de alerta de William les había dado el tiempo justo para asirse fuertemente a la barandilla de acero que rodeaba la pequeña plataforma desde la cual estaban trabajando.

Los tres hombres cayeron al suelo pero habían conseguido no soltarse de la salvadora barandilla.

—¡Pronto! Vamos al interior del aparato —ordenó William enérgicamente.

El profesor Browm, aunque sujeto instintivamente a la barandilla, se encontraba casi sin conocimiento. Era de los tres el que más había sufrido las consecuencias de aquel golpe.

—¡Profesor!, ¡profesor! —gritó William.

—No puedo apenas moverme —dijo Browm— me he hecho daño al caer.

Jansen intentó dar unos pasos hacia Browm pero William cortó con una orden su iniciativa.

—¡No, profesor Jansen! ¡Métase en la cabina!

Luego, en dos zancadas, se situó junto al profesor

Browm al cual levantó con sus poderosos brazos y se dirigió hacia la cabina.

El cetáceo había dado la vuelta y se dirigía de nuevo amenazadoramente contra el «Tritón Volador». A William apenas si le dio tiempo de introducirse en la cabina cuando nuevamente el aparato fue profundamente sacudido por otro de aquellos brutales coletazos

Los hombres de la tripulación se encontraban desconcertados y temerosos ante aquel tremendo e inesperado peligro.

—¡Cierre la escotilla! —ordenó William.

Rápidamente fue obedecida su orden y el aparato quedó defendido de una posible inundación ante los tremendos bandazos a que lo sometía el feroz ataque del poderoso cetáceo.

En aquellos momentos, William miró a través de la cabina transparente y vio horrorizado que una multitud de peces como el que había iniciado el ataque se abalanzaba sobre el aero-cohete.

Durante unos angustiosos minutos, el «Tritón Volador» fue objeto de los feroces ataques de los cetáceos. Con su poderosa cola de más de noventa metros de larga, golpeaban furiosamente la acerada estructura, y los hombree que poblaban el interior del aparato se veían

lanzados violentamente contra las paredes de la estructura interior.

Una tremenda baraúnda de hombres e instrumentos ocupaban el lugar de lo que antes había sido todo orden y perfección. Aquí y allá varios hombres de la tripulación permanecían heridos y quejumbrosos mientras el aparato era continuamente sacudido por los brutales impactos.

William pudo reponerse del último golpe y asiéndose fuertemente a la barandilla interior de la cabina gritó una orden desesperada.

—¡Máquinas!, ¡pronto!; ¡Inmersión!

Unos segundos después llegaba la voz de Temple a través del equipo de intercomunicación.

—Me parece que el encargado del equipo de inmersión está herido. William, tiene conectada su comunicación conmigo y oigo un suave quejido.

—¡Si no nos hundimos pronto acabarán deshaciendo nuestro aparato! —volvió a gritar William.

—Voy a ver si puedo acercarme a la cabina de inmersión —dijo Temple.

—¡Pronto, Dic! Inténtalo o estamos perdidos.

Dic Temple se dirigió vacilante hacia la cabina de inmersión situada a unos veinte metros del lugar en que se encontraba. Haciendo verdaderos milagros de equilibrio consiguió avanzar unos diez metros; por fin un nuevo y furibundo golpetazo lo arrojó contra una de las paredes a consecuencia de cuyo impacto cayó al suelo sin conocimiento.

—¡Este es el final, William! —dijo Jansen.

—¡Dic!, ¡Dic! —gritó William.

El silencio más absoluto fue la respuesta a su llamada.

—Debe haberse lastimado —dijo Browm.

William tomó una decisión.

—Está bien; voy a ver si consigo llegar hasta la cabina de inmersión.

—No podrá llegar, capitán.

—De todas formas lo intentaré.

William se dirigió hacia la parte posterior del cohete en un desesperado esfuerzo por resolver aquella situación. Ya. había conseguido adelantar unos veinticinco metros cuando un furioso golpetazo dio con él en el suelo. William sintió que le faltaban las fuerzas; una cortina de sangre comenzó a descender sobre sus ojos mientras sentía que su cerebro iba perdiendo la lucidez. Hizo un sobrehumano esfuerzo para no desmayarse. A sus oídos llegó una

extraña y penetrante nota; era como el ruido producido por una caracola marina pero de gran intensidad. Casi en el acto, el «Tritón Volador» dejó de bambolearse. Un segundo después, William perdía el conocimiento.

CAPITULO XI

C

uando William recobró el conocimiento sintió el cuerpo profundamente dolorido. Alguien le sacudió suavemente por el hombro, abrió los ojos y vio inclinado sobre él la cara del profesor Browm.

—William... ¡William!

Lentamente se fueron despejando las nieblas de su mente y se hizo cargo de la situación.

—¡Demonio de baile! —dijo William.

De la frente le manaba un pequeño hilo de sangre que el profesor Browm restañó.

—William... están ahí —dijo Browm con voz apagada, como si sus palabras pudieran escucharse por los eventuales enemigos que anunciaba.

—¿Quién está ahí? —preguntó William incorporándose lentamente —, ¿Otra vez los malditos cetáceos que tanto nos han maltratado?

—No —dijo Browm con gesto preocupado—. Son ellos. No sé quién; pero son seres humanos. Los habitantes de este planeta.

William acabó de rehacerse y los tres hombres se dirigieron hacia la parte anterior de la cabina, donde dos miembros del personal que estaba encargado del «Tritón Volador» no perdían de vista a los extraños visitantes.

Se trataba de una extraña embarcación parecida a un submarino pero de formas mucho más estilizadas. La estructura de aquella nave estaba compuesta por el cuerpo principal en forma de huso y una cabina transparente destacándose sobre el resto de la estructura exterior, dentro de la cual se veía bullir algunos seres.

—No comprendo de dónde pueden haber salido —dijo William—. Hemos recorrido prácticamente toda la superficie de este planeta y se halla cubierto de agua. ¿Qué les parece a ustedes?

—Estoy preocupado —dijo Browm. Quizá se trate de gente perteneciente al mismo pueblo que intentó el ataque con los platillos volantes a nuestro «Tritón Volador».

—Tal vez nos preocupemos sin motivo —terció Jansen—. Quizá aquel accidente se debió a causas especiales, o quizá este planeta esté habitado por distintos pueblos.

—Si es así, Dios quiera que nuestros visitantes pertenezcan a un

pueblo más pacífico —dijo William—. De cualquier modo que sea es preciso entablar contacto con estos seres.

—Estamos de acuerdo —dijeron los dos profesores—. Después de todo nuestra misión es investigar lo más profundamente posible todas las características de este planeta.

—Vamos afuera.

William, uniendo la acción a la palabra, salió por la escotilla de la cabina hacia la superficie exterior del aparato. Browm y Jansen le siguieron.

La extraña nave se había aproximado hasta encontrarse a unos veinte metros de distancia. Del interior de la misma salió una voz que, en perfecto inglés, se dirigió a los terrestres.

—Les estamos apuntando con nuestras armas. Cualquier movimiento sospechoso o intento de agresión que hagan será fatal para ustedes.

William habló con voz serena a sus visitantes.

—No somos enemigos. Somos visitantes de la Tierra y hemos llegado hasta este planeta en una misión científica. Solicitamos ser recibidos amistosamente y nos comprometemos a observar las leyes y costumbres que rigen en el mismo.

—Desembarquen ustedes y vengan a nuestro navío.

—No disponemos de pequeñas embarcaciones para poder realizar esa operación.

—Está bien. Enviaremos nosotros una. Vuelvo a advertirles la necesidad de que no intenten agredirnos.

De la parte inferior de aquel extraño barco y emergiendo de las aguas surgió una pequeña embarcación completamente cerrada. Un segundo después se descorría una zona de la superficie, mostrando el interior de la misma. La cabina transparente de pilotaje abrió una escotilla y dos hombres saltaron al interior de la pequeña barca y, puesto en marcha su motor, se dirigieron rápidamente hacia el costado del «Tritón Volador».

Los tres hombres vieron acercarse la embarcación y su extrañeza subió de punto. Eran nombres constituidos de la misma manera que los terrestres. La única novedad que presentaban era un ligero tinte azulado en su piel, William, Browm y varios miembros de la tripulación fueron los primeros en saltar al barco para realizar el traslado al extraño submarino. La pequeña embarcación hizo varios viajes y veinte minutos después se encontraban todos alojados en el interior de aquella nave.

William se dirigió al que parecía ser el comandante de aquella nave.

—Le repito a usted las intenciones pacíficas que nos han traído hasta aquí.

Este lo miró con ojos de haber entendido perfectamente, pero no despegó los labios.

—Lo que más me sorprende —terció Browm— es que ustedes hablen el inglés.

—Su lengua es conocida por nosotros al igual que las demás lenguas de la tierra. Hace muchos años que nuestros aparatos han captado sus emisiones radiofónicas y hemos conseguido especialistas en todas las lenguas habladas por ustedes.

Después de estas palabras todos los intentos de los terrestres por entablar conversación con aquellos hombres fueron inútiles. La nave fue navegando en determinada dirección, sin que ningún nuevo incidente volviera a alterar su marcha. Al cabo de media hora se detuvo Los terrestres se miraron en silencio con una interrogación en los ojos. El comandante del navío dio una orden en una extraña lengua a la tripulación y luego comunicó escuetamente a los terrestres:

—Vamos a sumergirnos.

El barco, a la manera de los submarinos terrestres, comenzó a hundirse en el inmenso mar y fue alcanzando poco a poco una gran profundidad. Los poderosos reflectores de la nave iluminaban las profundidades marinas en una gran zona. Todos los terrestres y en especial Jansen y Browm miraban asombrados la extensa área iluminada por los reflectores del barco Una densa y variadísima fauna marina se mostraba ante sus ojos como jamás hubieran podido soñar. Millones y millones de peces, miles o tal vez cientos de miles de variedades pululaban alrededor del submarino. Las formas más caprichosas, los colores más arbitrariamente combinados, los tamaños más dispares tenía una extensa representación en el inmenso pueblo submarino. El movimiento de los peces era incesante. A una velocidad vertiginosa los peces comían o eran comidos en una alucinante lucha por la existencia. De vez en cuando, algún pez de proporciones descomunales sembraba el pánico entre los demás y los devoraba en grandes cantidades con su enorme y poderosa boca. Un pulpo gigantesco, sin comparación posible con los semejantes en la tierra, aprisionó a la nave entre las ventosas de sus poderosos tentáculos. William vio, sin poder evitar un escalofrío, uno de los monstruosos ojos del cefalópodo pegado a la cabina transparente en que se encontraba. La nave comenzó a tener dificultades en su marcha, a consecuencias de la inmensa mole del pulpo. El comandante del barco dio una seca orden en su extraño idioma y uno de los miembros de la tripulación pulsó un pequeño botón en un cuadro de mandos. Un

tremendo relámpago acrecentó la zona iluminada alrededor del submarino, y el inmenso pulpo soltó su presa y fue despedido a unos veinte metros de distancia. Jansen miraba con asombro todo aquello y llenaba su bloc de notas de apuntes y observaciones hechas en apretados signos taquigráficos. De vez en cuando, murmuraba en el colmo de su éxtasis de hombre dedicado durante toda su vida a la ciencia:

— ¡Es maravilloso!… ¡Es maravilloso!

Browm también hacía sus observaciones y se sentía prendido por aquella manifestación de vida, indicándole a Jansen algún sector de la zona iluminada donde se mostraban especies que no tenían equivalente alguno con las conocidas en los océanos de la tierra.

William guardaba silencio y, de vez en cuando, observaba los gestos de sus hombres que, ajenos a la importancia científica de aquel viaje, mostraban un gesto preocupado.

Por último el comandante del grupo volvió a dar una orden y William pudo percibir claramente el sonido agudo y bien timbrado de una nota musical que rápidamente se transmitió en todas direcciones. La luz de los focos del submarino se hizo más intensa y William vio con asombro algo que le dejó paralizado. A unos trescientos metros más abajo de la posición en que se encontraban, vio una especie de mancha brillante, al principio de formas imperceptibles, pero de la cual salía una difusa luz. Conforme se fueron acercando, los perfiles de aquella extraña cosa se concretaron. Se trataba de una especie de cúpula de unos dos mil metros aproximadamente de diámetro, a través de cuyas paredes transparentes se podía ver la inesperada y asombrosa silueta de una ciudad.

Browm, William y Jansen dirigieron hacia allí sus ojos atentos. En aquellos momentos era perfectamente visible el conjunto de aquel pueblo, con sus calles, con sus caprichosos edificios, con una gran multitud pululando por ellas.

—Esto parece un sueño —murmuró Jansen.

—Me pregunto —dijo Browm—. ¿Cómo demonios habrán conseguido eso? Y ¿cuáles serán los materiales empleados para la construcción de esa ampolla, dentro de la cual se ha erigido esa ciudad? Como en esos juguetes para los niños que consisten en una bola de cristal, dentro de la cual se ve un pequeño poblado.

—La presión que ha de soportar —terció William— es algo que escapa a todas las posibilidades terrestres.

No conozco ningún material en la Tierra, con el cual se pudiera hacer algo semejante.

En el interior de la cabina se había suscitado una mayor actividad.

El comandante de la nave daba secas y precisas órdenes y los hombres realizaban la maniobra, según las instrucciones de éste. Lentamente el aparato se fue apartando de su trayectoria, describiendo una amplia curva, hasta situarse en la parte occidental de aquella población. Luego descendió a pocos metros de aquel maravilloso caparazón y recorrió su estructura hasta situarse en la base, a un metro escaso del fondo del mar

Los viajeros terrestres podían ver claramente cómo en el interior de aquella maravillosa ampolla se movían unos cuantos hombres preparando quizá la entrada del submarino. En efecto, un tubo de unos doscientos metros de diámetro avanzó sobre unos carriles hasta taladrar la envoltura que protegía a la ciudad. Una poderosa corriente de aire salió de aquel tubo, impidiendo de esta manera que entrara el agua. El submarino, preso en la burbuja de aire y como flotando en la misma, comenzó a avanzar y unos segundos después, atravesando aquel túnel, se encontraba en el interior de aquella maravillosa cúpula.

William observó con asombro que el submarino no se apoyaba en ninguna parte, flotaba en el aire, con la misma suavidad y firmeza como lo había hecho en el mar. Indudablemente se trataba de un aparato aeronáutico perfectamente capacitado para la navegación por mar y por aire. Durante unos segundos se detuvo el extraño ingenio y ei comandante del mismo cruzó algunas palabras con los nombres que habían dispuesto el equipo de introducción. Luego, el aparato fue elevándose lentamente y, a unos trescientos menos de altura, cruzó las asombrosas canes de la ciudad submarina, en dirección a su destino.

Por último aterrizó en una explanada de unos ochocientos metros cuadrados y los terrestres fueron conminados a salir al exterior. Fue William el primero en descender. Sintió una agradable sensación al poner sus pies en el suelo. El pavimento era algo especial; lo suficientemente duro para poder caminar, cómodamente pero sin adquirir la dureza característica de la tierra. Miró con atención y pareció conocer la substancia de que estaba compuesto aquel pavimento. Indudablemente se trataba de un conglomerado de algas. Asimismo, los edificios estaban construidos fundamentalmente de coral, lo cual les daba un aspecto maravilloso, con la combinación de los más brillantes colores, del blanco purísimo al negro más brillante, pasando por una infinita gama de rojo, azul y amarillo. Un grupo de hombres que habían esperado su llegada Íes rodeaban con gesta hostil portadores de extrañas armas. El comandante del barco cruzó unas palabras con el jefe del grupo y se pusieron todos en camino. Poco después llegaban a un gran edificio.

Los prisioneros, pues esta parecía ser la condición de los terrestres,

miraban y admiraban la construcción de aquel edificio en el que habían sido introducidos. Después de atravesar algunos pasillos, desembocaron en una amplia cámara, en la que les esperaba un hombre sentado en un trono rojo de un material al parecer coralina.

—Estáis en presencia de Tanken —dijo el jefe del grupo de guardianes.

El hombre así llamado tenía, como los demás que hasta entonces habían visto, un suave color azulado en la piel. Su mentón era amplio y despejado y en sus ojos, suavemente rojos, bañaba un tinte de satisfacción.

—Sois vosotros los intrusos que habéis venido a perturbar el orden de nuestro pueblo ¿verdad?

Jansen tomó la palabra y, con ademán y voz pausada, dijo:

—Señor, soy el profesor Jansen, especialista en física y que presido esta expedición. Venimos de la Tierra, que así se llama nuestro planeta y cuya vecindad han llegado ustedes. De ningún modo queremos perturbar la paz y el orden de su pueblo. Estamos dispuestos a obedecer las instrucciones que ustedes tengan a bien darnos y nuestro propósito es ser útiles a todos los seres vivos.

Tanken miró penetrantemente al profesor y luego paseó su mirada por los demás terrestres. Por último, se detuvo en William.

—Usted es el capitán William Kennedy.

Da sorpresa de éste fue indescriptible, ¿cómo era posible que aquel hombre le conociera?; pero la situación no era para hacer preguntas respecto a esto.

—Sí. Yo soy, señor.

—Es usted capitán de la Marina de los Estados Unidos, ¿no es cierto? —interrogó con gesto duro Tanken.

—En efecto. Lo soy.

—¿Y quieren ustedes hacerme creer que son uno expedición pacífica? Han venido ustedes a espiar, a preparar el terreno para una futura invasión.

William tomó la palabra.

—Señor, debo sacarle a usted de su error. MI presencia aquí tiene un sentido puramente científico. Soy especialista en vuelos siderales y como tal participo en esta expedición. El «Tritón Volador» se ha construido según los planos míos y del capitán Temple. Eso e? todo.

—No. No es eso todo. Ese aparato ha sido construido por la Marina de los Estados Unidos; ha sido el Departamento de Defensa el que ha proporcionado los fondos, y tanto usted como el capitán Temple, como la mayor parte del resto de la tripulación pertenecen a las

fuerzas armadas de los Estados Unidos. ¿Me lo puede usted negar?

—Señor —intervino Browm— lo que usted dice es cierto, pero no obedece a las causas que usted pretende. Operaciones de esta envergadura sólo encuentra el personal suficiente disponible y los fondos necesarios en las instituciones militares. Pero no es con fines agresivos el motivo de nuestro viaje. No es como usted supone. En un principio pensábamos trasladarnos a la Luna, pero el fenómeno cósmico originado por la presencia de ustedes, nos obligó a variar nuestra decisión primitiva, pues la Luna resulta inalcanzable en la actualidad para nosotros.

—Son ustedes poco inteligentes —replicó el hombre con gesto duro—. Nuestro pueblo está perfectamente enterado de las relaciones que sostienen ustedes con los odiados pueblos de Sarná. ¿Me va a negar usted, capitán William, que acudió en ayuda y socorro de uno de nuestros enemigos, una noche en las calles de Nueva York? ¿Me va a negar usted que luego fue, asimismo, ayudado por uno de los agentes de esta odiado pueblo que mató a uno de nuestros hombres en la habitación de su hotel?

William empezó a comprender. Indudablemente aquel hombre se refería a la enigmática mujer que tan misteriosamente había aparecido en su vida.

La cólera de Tanken iba subiendo de punto.

—Y, por último. ¿Quiénes fueron sino nuestros enemigos los que destruyeron nuestros aparatos de combate que salieron a su encuentro en el viaje desde la Tierra a nuestro planeta? ¡Son ustedes unos miserables! Están aliados con nuestros mortales enemigos y sufrirán la misma suerte que sufre cualquiera de ellos que caiga prisionero en nuestras manos.

William, Browm y Jansen intentaron precipitadamente explicar a aquel hombre la situación, pero todo fue inútil. Se había encolerizado hasta tal punto que no escuchaba siquiera las palabras de los terrestres.

Hizo un gesto significativo y los hombres de la guardia se lanzaron hacia los prisioneros.

Temple retrocedió instintivamente y un poderoso puñetazo suyo dio en el suelo con uno de los guardianes; asimismo William entró en una furiosa lucha con aquellos hombres de hostilidad tan manifiesta y toda la tripulación, compuesta por hombres jóvenes, se dispersaba en un furibundo combate contra sus aprehensores. La rápida reacción de los terrestres pilló por sorpresa a sus enemigos y durante unos segundos dominaron la situación; pero rápidamente fueron entrando otros hombres y poco a poco redujeron la legítima furia de William y sus hombres.

—Os puedo asegurar que vais a pagar cara vuestra osadía —dijo Tanken—. Con vuestras actitudes habéis firmado vuestra sentencia de muerte.

Luego, dio una escueta orden a los guardianes, en el extraño idioma de aquel país, y los terrestres fueron arrastrados a viva fuerza hacia el exterior del edificio.

CAPITULO XII

H

acía dos días que los terrestres se encontraban prisioneros en un extraño edificio. Una fuerte guardia los vigilaba estrechamente imposibilitándolos de todo punto para poder escaparse. William, Temple, Jansen y Browm ya habían discutido ampliamente la situación y habían llegado a la conclusión de que nada se podía hacer. La intervención providencial de aquella mujer que había conocido William, les hacía aparecer a los ojos de aquellos seres como aliados de un pueblo que, según lo dicho por Tanken, era enemigo Durante los dos días que duraba su encierro no había recibido el más mínimo auxilio y se encontraban hambrientos y medio muertos de sed.

—No veo salida a la situación —decía Browm en aquellos momentos.

—Si al menos —intervino Jansen— nos hubieran permitido explicarnos.

—Creo que de poco hubiera valido, profesor. Las fortuitas circunstancias se han encadenado de tal forma que difícilmente haríamos comprender a ese hombre que no tenemos nada que ver con los pueblos a que aludía.

—Tienes razón, William. Las cosas se han puesto de una manera que realmente parecemos culpables de lo que se nos acusa.

—En fin. hay que tener paciencia y resignación —concluyó Browm —. Dedicar la vida a la ciencia es una profesión peligrosa; en ocasiones es un laboratorio que se incendia o una combinación que explota por un descuido o una descarga eléctrica que termina con la existencia de un hombre dedicado a la investigación. Este es el primer viaje interplanetario que se hace y era lógico que nos encontráramos con peligros imprevistos.

—Estoy de acuerdo —dijo Jansen—; después de todo hemos cumplido la parte más importante de todo.

Hemos demostrado a la humanidad que es posible realizar estos viajes. El profesor Caron habrá controlado nuestro vuelo segundo a segundo y las enseñanzas que haya sacado serán una magnífica base para futuras expediciones siderales. Si ha llegado el momento de que perezcamos, sabremos arrostrar la situación con el íntimo y satisfactorio convencimiento de haber cumplido con nuestro deber

William miró el rostro de los hombres de su tripulación y vio que ninguno de tilos había perdido la moral. Habían sido elegidos

cuidadosamente entre todas las personas aptas para aquel servicio y vio que no se había equivocado en la elección. Si acaso, podía observar caras no con gesto de acobardamiento sino el gesto franco y decidido de aquellos que están dispuestos a luchar hasta el último momento.

William se sintió en el deber de hablar a aquellos hombres.

—Siento que los resultados de nuestra expedición hayan sido estos. Vosotros fuisteis advertidos de la posibilidad de que corrierais graves peligros. De todas formas lamento sinceramente que esto haya sucedido

—No se esfuerce, capitán —dijo uno de los hombres—. Creo interpretar el sentir de mis compañeros y digo que no nos arrepentimos de haber participado en esta maravillosa expedición. También puedo asegurarle que cuando llegue el momento no nos dejaremos matar como inocentes corderinos.

William agradeció aquellas palabras y le consoló el pensar que si llegaba el último momento, al menos lo viviría con un grupo de hombres valientes y decididos.

Tres horas después de esta conversación se presentó en la habitación en que se encontraban un grupo de hombres armados; uno de ellos les dirigió una orden. Se expresaba en inglés, pero su acento era mucho peor que el de los otros hombres que habían empleado esta lengua hasta aquellos momentos.

—¡Vámonos!

Todos se pusieron en pie y, fuertemente custodiados, salieron a las calles de acuella fabulosa ciudad. Varios pequeños vehículos en forma de huso, que parecía ser la forma predominante para los transportes de aquel puebla, los esperaban. En unos segundos se acomodaron en ellos y a una voz del jefe comenzaren su marcha. William pudo observar que aquellos ingenios se movían de la manera que lo había hecho el submarino que les apresó; volaban a unos tras metros del suelo, encajonados por las filas de edificios multicolores que constituían aquella ciudad.

Después de unos segundos, salieron a los suburbios y poco después, se encontraban en campo abierto. La azulada luz que lo bañaba todo difusamente daba espectrales formas a las sombras de los vehículos proyectadas en el suelo. William se preguntaba a dónde demonios irían. Quizá había llegado el momento de cumplir la sentencia que pesaba sobre ellos. Su mente pensaba a toda la velocidad intentando encontrar una salida a aquella situación sin conseguirlo. Cada vehículo transportaba cuatro o cinco terrestres y una escolta de diez hombres perfectamente armados. Hubiera sido inútil todo intento de escapar. De todos modos —pensó William— lo

mejor seria terminar combatiendo. Esperaría el momento propicio y daría una orden a sus hombres para lanzarse sobre sus enemigos, al objeto de vender caras sus vidas.

Los vehículos se habían detenido. Se encontraban ante una estructura de tipo circular, parecida en cierto modo a una plaza de toros o a un circo romano. El edificio tendría unos doce metros de alto y estaba construido con un especial conglomerado de corales rojos. Los hombres hicieron bajar a los terrestres de los vehículos y rápidamente se introdujeron por una pequeña puerta que daba acceso a una estrecha escalera. Subieron por ella a los audaces viajeros hasta que se encontraron en la parto superior de aquella muralla circular, que tendría unos seis metros de ancho.

William miró hacia abajo y vio un ruedo de arena en uno de cuyos extremos se encontraba un informe montón de largas y estrechas algas.

Los guardianes, puestos en contacto con el equipo de hombres que custodiaban aquel recinto cruzaron unas palabras en su extraño idioma. Luego dos de ellos se dirigieron hacia uno de los hombres de la tripulación. Con gesto enérgico intentaron atenazarle los brazos con sus manos, pero éste se revolvió contra ellos y lanzó un formidable puñetazo a la mandíbula que tenía más próxima.

William y los demás intentaron un gesto de ataque, pero fueron detenidos por un significativo movimiento de las armas de sus enemigos. El hombre de la tripulación había arremetido contra el otro guardián, pero cuatro hombres más se abalanzaron sobre él y en pocos minutos lo redujeron. Luego, lo llevaron hacia una parte de la muralla, donde se veía un pequeño tobogán que descendía hasta el fondo de aquella especie de circo. A la fuerza colocaron allí al hombre que rápidamente se deslizó hacia abajo. Un segundo después el tobogán se levantaba a la manera de los puentes levadizos. Ninguno de los terrestres comprendía qué significaba aquello. Quizás era el nuevo sitio destinado para su custodia.

Pasaron unos segundos y uno de sus guardianes sacó una caracola y lanzó tres notas agudas y lastimeras. William no perdía detalle de todo lo que sucedía. De pronto, en el centro de aquel gran circo comenzó a removerse la arena y, poco a poco, fue surgiendo un enorme cangrejo cuyo caparazón tendría más de un metro de diámetro. Era de color marfil sobre el cual destacaba el rojo vivo de sus saltones ojos. Los terrestres quedaron atónitos ame aquella aparición. La bestia se despojó totalmente de su envoltura de arena y estiró sus poderosas pinzas. El hombre de la tripulación pegó instintivamente su espalda contra la pared. El cangrejo oteó en todas direcciones con sus malignos ojos y por fin se fijó en aquel hombre.

Lentamente se fue aproximando hacia aquel sitio. William comprendió de pronto. En un gesto des esperado intentó abalanzarse contra sus guardianes pero éstos, vigilantes, aprisionaron fuertemente a todos los terrestres, obligándoles a presenciar aquella infernal escena.

El cangrejo fue acortando el terreno y el desdichado terrestre intentaba huir en todas direcciones. Aquel misterioso animal poseía unos músculos de acero, que le permitían, de vez en cuando, distender su enorme corpachón con un poderoso salto. La escena fue llenando de angustia el corazón de los horrorizados hombres de la Tierra. Todo intento de huir por parte del terrestre era cortado por aquel enorme crustáceo y poco a poco iba reduciendo el terreno en el cual podía moverse éste. En aquel instante le tenía aprisionado contra la pared, moviéndose en una área de apenas diez metros cuadrados. El hombre intentó escapar por un lado, pero el cangrejo volvió a dar un salto y se puso delante, desesperadamente el terrestre intentó cambiar de dirección, pero en la precipitación cayó al suelo. En este momento la monstruosa bestia alargó una de sus poderosas pinzas y de una dentellada brutal seccionó una pierna de aquel desdichado ser Un grito horrible de angustia llenó el ambiente circundante. Jansen y Browm volvieron los ojos, mientras William forcejeaba desesperadamente para soltarse de sus aprehensores, pero todo fue inútil. La bestia devoró en pocos segundos a su víctima, mientras el resto de la tripulación del «Tritón Volador» musitaba un Padre Nuestro.

Luego el animal se dirigió pausadamente hacia una pequeña poterna situada en la parte exterior del muro introduciéndose en una oscura habitación para reposar su horrible comida.

Los encargados de custodiar aquel recinto cerraron la puerta y la arena quedó de nuevo solitaria.

Aún no se habían repuesto los terrestres de la angustiosa situación que habían vivido, cuando a una orden del jefe de sus guardianes fueron arrojados todos al interior de aquella nueva o infernal versión del circo romano. William y los demás hombres formaron un grupo en el centro de aquel círculo. El hombre que lo había hecho antes, hizo sonar de nuevo la caracola. Todos los terrestres miraban con ojos desorbitados, en espera de ver removerse la arena para encontrarse ante un monstruo semejante al que habían visto anteriormente, pero nada de eso sucedió. De la base de la muralla comenzó a salir un enjambre de pequeños cangrejos de quince o veinte centímetros de diámetro. Lentamente, esta multitud de cangrejos, se dirigió hacia los prisioneros.

—No pretenderán —murmuró Browm— que se nos coman estos bichos. Creo que podemos acabar con ellos con relativa facilidad.

—Es preciso no perder la serenidad —dijo Jansen—, Son unos doscientos. Podemos aplastarlos con nuestros pies.

—Más vale que les presentemos un frente lo más amplio posible. Los hombres se pusieron uno al lado de otro, enfrentando aquel pequeño ejército de crustáceos. De pronto William dio un grito:

—Son cangrejos Sakchent.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jansen.

—Ya sé —dijo Browm—. Son cangrejos venenosos como aquél que pusieron en su hotel ¿no, capitán?

—Así es.

Ante estas palabras se inició un movimiento instintivo de retroceso de todos los terrestres. El pequeño grupo de crustáceos avanzaba lenta pero firmemente en dirección a sus presas. Si era verdad lo que le había dicho aquella misteriosa mujer a William la mordedura de aquellos cangrejos suponía la muerte casi instantánea, por envenenamiento.

Poco a poco fueron retrocediendo los hombres hacia la parte de la plaza cubierta por algas. Los cangrejos habían acortado las distancias y los terrestres no pudieron hacer otra cosa que intentar apartarse, subiendo por encima de aquella alfombra de algas. Pero apenas habían puesto los pies en ella, cuando animadas por una inesperada vida, lo que parecía un Informe montón de algas exánimes se convirtió en un hervidero de tentáculos que fue aprisionando rápidamente a todos los terrestres.

Indudablemente se trataba de algas cazadoras, semejantes en ciertos aspectos a algunas plantas de la Tierra. Los terrestres se vieron inmovilizados en pocos segundos, mientras la pequeña avalancha de cangrejos Sakchent se dirigía inexorablemente hacia ellos.

Ya los tenían a pocos metros de distancia cuando, de pronto, un fulgurante destello se produjo en la cima de la muralla y algunos hombres de la guardia, que estaban mirando complacidos el espectáculo, se desplomaron al suelo como fulminados por un rayo. Durante unos segundos una invasión de silbidos y deslumbrantes destellos luminosos fue el signo externo del combate que se producía, pero, poco a poco, los que culminaban la muralla fueron fulminados. Sobre ésta, aparecieron dos hombres que rápidamente enfocaron sus armas hacia los cangrejos, que se encontraban ya a escasos metros de distancia de los aterrorizados terrestres.

Una densa neblina de humo rojizo cayó sobre el pequeño ejército de crustáceos y, en pocos segundos, yacían exánimes y sin vida. La muralla se iba coronando de hombres armados y, por último, apareció una hermosa mujer que miró con gesto angustiado a los terrestres.

William no pudo reprimir una exclamación mezcla de contento y asombro. Se trataba de la mujer que tan misteriosamente había aparecido en su vida. Una vez más su providencial aparición libraba a William de la horrorosa muerte que le esperaba.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. Whit*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regal*
11.—La abominable bestia gris, *George H. Whit*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. Wh*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. Whit*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. Wh*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. Wh*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf.* *galdie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. Whit*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. Wh*
36.—La guerra verde, *George H. White*

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noldim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*

Colección
Luchadores del Espacio

publicará en su próximo número una obra titulada:

LLEGÓ DE LEJOS

Ninguno de los hechos que se relatan en esta novela ha ocurrido en realidad. Sin embargo, pudieran haber ocurrido, como se complace en demostrar

GEORGE H. WHITE

en un relato singular, lleno de interés y fino humorismo.

Un ser extraterrestre de nuestra misma naturaleza podría llegar de un momento a otro a la Tierra... En

LLEGÓ DE LEJOS

la policía detiene y toma por loco a un verdadero visitante del espacio, lo cual da lugar a las situaciones a la vez más cómicas, inquietantes... y dramáticas.

TIP. ARTÍSTICA **Precio: 5 pesetas**